



BOLETIN DE PASTORAL

Revista Diocesana Mensual



San Juan de los Lagos, Jal.

Marzo de 2014

N° 390



“hagan esto en memoria mía”

Lc 22:19



“hagan esto en memoria mía”

Jn 13:3-5



“DIMENSIÓN SOCIAL
DE LA EVANGELIZACIÓN
Y CAMPANAS DE LA CARIDAD”

SUMARIO:

Presentación	1
Reflexiones para los pastores:	
Dios quiere que el pastor sea pobre	2
Lo social en la exhortación «Evangelii Gaudium»:	
I. La dimensión social de la evangelización	19
II. La inclusión social de los pobres.....	22
III. El bien común y la paz social	29
IV. El diálogo social como contribución a la paz.....	33
Campaña de la Caridad	37
Propuesta de unos pasos	39

Nadie debería decir que se mantiene lejos de los pobres porque sus opciones de vida implican prestar más atención a otros asuntos. Ésta es una excusa frecuente en ambientes académicos, empresariales o profesionales, e incluso eclesiales.

Evangelii Gaudium 201

Centro Diocesano de Pastoral

Morelos 34. A. P. 21

Tel. (395) 785-0020 Fax. (395) 785-0171

Correo-E: cpastoral@gmail.com

Messenger: cpastoral@hotmail.com

47000 San Juan de los Lagos, Jal.

Responsable:

Comisión de Pastoral Social

Diócesis de San Juan de los Lagos.

Presentación

Cada año en el tiempo de Cuaresma la Comisión Diocesana de Pastoral Social ofrece materiales de reflexión y formación para los sacerdotes y laicos, en esta ocasión presentamos algunas sugerencias para involucrar a «**todos**» en el encuentro con Cristo a través de la práctica de la **Caridad** en medio de un mundo que se resiste a vivirla como el regalo más grande que Dios ha dado a la humanidad (Caritas in Veritate 2).

La celebración gozosa de la fe indiscutiblemente ha llevado a muchos a manifestar decididamente su compromiso cristiano y estamos seguros que continuaran haciéndolo muchos más. En nuestro caminar diocesano tenemos esperanzados la vista puesta en la **XIX ASAMBLEA DIOCESANA DE PASTORAL** en sus diferentes fases y especialmente en el «**AÑO DEL COMPORTAMIENTO Y VIDA EN CRISTO**» que con la gracia del Espíritu Santo y nuestro testimonio de vida se mantendrá abierta la puerta de la fe para todos, principalmente para los que han dejado de creer.

El primer tema: «**DIOS QUIERE QUE EL PASTOR SEA POBRE**» esta dedicado esencialmente a los sacerdotes como los primeros testigos del amor de Dios, y primeros destinatarios del mandato de Jesús, «**Hagan esto en memoria mía**». A modo de lectura espiritual los invitamos a la reflexión y al compromiso personal, su lectura constituirá un rico aporte a la pastoral que hoy se propone en nuestra diócesis. Esperando que a partir de la reflexión personal puedan pasar a la reflexión con los compañeros sacerdotes de la parroquia o del decanato y obviamente al compromiso comunitario.

La segunda parte ofrece otro momento de reflexión tomado de la «**EXHORTACIÓN APOSTÓLICA EVANGELII GAUDIUM**» del Papa Francisco, como ya se decía arriba, se nos recomienda en

vistas de la próxima **XIX Asamblea Diocesana de Pastoral** tomar en cuenta esta exhortación como principal instrumento de iluminación, ya que abre muchos caminos y ofrece muchas pistas para revisar y dar un nuevo impulso a nuestros programas, estructuras y comportamientos. ¡Involucremos a los agentes de pastoral para conocer y vivir la dimensión social de la evangelización! Esta parte se puede hacer a manera de estudio con los consejos o comisiones pastorales.

En la última parte presentamos un esquema para realizar en nuestra diócesis varias «**CAMPAÑAS DE CARIDAD**». No se indica la duración de la Campaña porque no queremos reducir la caridad a un «**evento pasajero**», no se indican las acciones a realizar porque restringiríamos las capacidades de los sacerdotes encargados de las comunidades, se requiere que éstos y los agentes den un trato personal a cada uno de sus fieles, y con esto invitamos a salir de los templos e ir a las periferias y exijamos a nosotros mismos salir de nuestra zona de confort. «**Compremos para Dios el alma de los fieles con nuestra caridad**» (Mons. Bienvenido)

El nuevo rostro de Iglesia que desde la perspectiva de la Pastoral Social queremos dar es el de «una comunidad que promueva la dimensión social de la fe en los creyentes, integre la promoción humana en su evangelización y procure una transformación de las estructuras». (V PDP 147). **No podemos olvidar que la caridad tendrá siempre un carácter ordinario, el que nos recuerda el lavatorio de los pies de los Apóstoles realizado por Jesús, en la vigilia de su muerte, inseparable de la institución de la Cena del Señor: «HAGAN ESTO (UNA Y OTRA COSA) EN MEMORIA MÍA».**



REFLEXIONES PARA LOS PASTORES

INTRODUCCIÓN

La Iglesia, en todos sus miembros, necesita ser pobre, si quiere tener verdadera caridad, y necesita ser una comunión auténtica de caridad, si quiere evangelizar a los pobres. No basta con «querer» evangelizarlos. Los pobres miran a la Iglesia con gran lucidez, como la mirada de los niños. La falta de atención a los pobres y de testimonio a ellos, debe constituir uno de los estímulos más urgentes para promover en la Iglesia la renovación deseada por el Papa Francisco que pide una Iglesia pobre para los pobres. La Iglesia necesita ser pobre, para poder predicar todo el Evangelio a los llamados «ricos», para pedirles la necesaria austeridad y el desprendimiento efectivo. La Iglesia necesita ser pobre, para poder predicar en la plenitud de su austeridad moral todo el Evangelio a los pobres, y para poder exhortarlos a la aceptación, progreso y alegría. Cuando los sacerdotes, como Pedro y Juan no tengamos oro ni plata que dar, podremos dar nuestra mano al mundo para levantarlo de su postración en el nombre de Jesús.



Jesús quiso nacer de familia humilde. Su madre, María de Nazaret, «dio a luz a su primogénito, y le envolvió en pañales y le acostó en un pesebre» (Lc 2,7). José y su esposa, cuanto presentaron al Niño al Templo, ofrecieron el humilde sacrificio de los pobres: un par de tórtolas (Lc 2, 24). La mayor parte de la vida de Cristo transcurrió en un pueblo desconocido, ocupado en un oficio humilde.

Iniciada su vida pública, se adentró por los caminos de Palestina sin más seguridad temporal que la necesariamente derivada de su vinculación amorosa y confiada al Padre. «Las zorras tienen guaridas» – pudo decir – «y las aves del cielo nidos; pero el Hijo del hombre no tiene donde reclinar la cabeza» (Mt 8,20). Y el Padre, que cuida la vida de las aves y de las flores del campo, veló por su Hijo. Unas veces los hombres – Marta y María, Zaqueo, la mujer de Cusa – movidos por el Padre, le prestaron el sustento preciso. En otras ocasiones las mismas creaturas – la higuera, el pozo de Jacob, el campo de trigo – socorrieron el hambre y la sed del Señor de todas las cosas. Finalmente, el Padre hizo también milagros a favor de su hijo: recordemos la multiplicación de los panes y los peces, la pesca milagrosa, el prodigioso pago del tributo del Templo.

Cristo vivió pobremente, gozándose en la plenitud de su Filiación, pendiente de la benevolencia providente de su Padre. Así, celebró la Pascua última de su vida en una casa prestada. Murió desnudo, confiando su Madre a un discípulo. Y fue dignamente sepultado gracias a la caridad de José de Arimatea.

En todo momento, desde Belén, la pobreza acompañó a Jesús como un signo de su mesianis-

DIOS QUIERE QUE EL PASTOR SEA POBRE

(1Corintios 1, 27-29)

La pobreza de Cristo

La pobreza de Cristo, el Verbo Encarnado, aparece en el mundo anunciada por su fiel Precursor, Juan el Bautista, que «iba vestido de pelo de camello, llevaba un cinturón de cuero a la cintura, y se alimentaba de langostas y miel silvestre» (Mt 3,4).

mo: «Esto les servirá de señal: encontrarán un niño envuelto en pañales y acostado en un pesebre» (Lc 2,12).

Según esto, la pobreza material – no únicamente la espiritual – fue bendecida por el Señor en el Sermón de las Bienaventuranzas, pues es evidente que la misma vida de Cristo constituye la interpretación fundamental de sus enseñanzas evangélicas. «Yo les he dado ejemplo, para que ustedes hagan también como yo he hecho. En verdad, en verdad les digo: no es el siervo mayor que su señor, ni el enviado mayor que quien le envía. Sabiendo esto, serán dichosos si lo practican» (Jn 13, 15-17). La humillación del Verbo es doblemente admirable, por haber querido hacerse hombre, y por haber elegido en la pobreza la más humilde manera del vivir humano: «Se anonadó, tomando la forma de siervo» (Flp 2,7).

No puede, sin embargo, mantenerse que Cristo no poseyera nada; error condenado repetidas veces por la Iglesia.¹

Reflexión y compromiso personal:

La pobreza de los discípulos de Cristo

La pobreza de los discípulos de Cristo tuvo y tendrá siempre su motivación más fuerte en el hecho mismo de la pobreza de Cristo. «No está el discípulo sobre el maestro, no el siervo sobre su amo; le basta al discípulo ser como su maestro y al siervo como su señor» (Mt 10, 24-25). El amor a Cristo lleva a configurarse con él lo más posible. Tengamos, pues, los mismos sentimientos de Cristo, que no estimó codiciable tesoro mantenerse en la forma de Dios, sino que se anonadó haciéndose no sólo hombre, sino hombre pobre, indigente, a merced de las fuerzas hostiles del mundo, para terminar ignominiosamente ajusticiado (Flp 2, 5-8).

Pero, además, Cristo exige positivamente la pobreza a sus discípulos, pobreza que ha de ser tanto más profunda cuanto más íntimamente se ha de participar en su misión evangelizadora y redentora: «Cualquiera de ustedes que no renuncie a todos sus bienes, no puede ser mi discípulo». (Lc 14, 33). «Si quieres ser perfecto, ve, vende cuanto tienes, dalo a los pobres... y ven y síguel-

me» (Mt 19, 21), Cristo quiere que sus colaboradores estén libres de todo cuidado temporal: «Ustedes buscan el reino y todo eso se les dará por añadidura. No temas, rebañito mío, porque su Padre se ha complacido en darles el reino. Vendan sus bienes y denlos en limosna... porque, donde está su tesoro, allí estará su corazón» (Lc 12, 31-34). A aquel escriba que se le acercó diciéndole: «Te seguiré donde quiera que vayas», Cristo le respondió: «Las zorras tienen guaridas...» (Mt 8, 19-20).

Es significativo cómo los evangelistas hacen coincidir la vocación apostólica con una renuncia radical y efectiva a toda posesión: ***Los elegidos para colaborar de cerca en la misión del Salvador lo dejan todo, padre, familia, redes, barcas, mesa de recaudación de impuestos, y siguen a Jesús sin volver la vista atrás.***

Y Cristo quiere no sólo que sean pobres, sino que también evangelicen pobremente, en la debilidad y la indigencia, esto es, dependiendo clara e inmediatamente de la asistencia y fuerza de Dios. «No tomen nada para el camino, ni báculo, ni alforja, ni pan, ni dinero, ni lleven dos túnicas. En cualquier casa que entren, quédense ahí...» (Lc 9, 3-4). Y los apóstoles cumplieron su misión pastoral tal como Cristo quería: los Hechos (3,6) nos traen el ejemplo de san Pedro y san Juan que, al entrar en el Templo, hallaron un tullido que les pedía limosna. «No tengo oro ni plata» – le dijo Pedro –; «lo que tengo te doy; en nombre de Jesucristo Nazareno, anda».

Inmenso es el premio de este desprendimiento del mundo por amor de Cristo y de su obra redentora. «Nosotros lo hemos dejado todo» – le dijo Pedro al Señor – «y te hemos seguido, ¿qué tendremos?» (Mt 19,27). «Él les dijo: En verdad les digo que ninguno que haya dejado casa, mujer, hermanos, padres o hijos por amor del reino de los cielos, dejará de recibir mucho más en este mundo y la vida eterna en el venidero» (Lc 18, 29-30). Y ésta es una verdad que cualquiera que lo haya dejado todo por seguir a Cristo puede comprobar e interpretar experimentalmente.

Según san Pablo, Dios quiere que los portadores de su salvación ocupen en el mundo un lugar

humillado y pobre, como Jesús. *«A lo que pienso, Dios a nosotros, los apóstoles, nos ha asignado el último lugar, como a condenados a muerte...» Hemos venido a ser necios, débiles, viles, por amor de Cristo. «Hasta el presente pasamos hambre, sed y desnudez; somos abofeteados y andamos vagabundos y penamos trabajando con nuestras manos... hemos venido a ser hasta ahora como basura del mundo, como desecho de todos»* (1Cor 4, 9-13). En lo que a él mismo respecta, confiesa haber vivido en «trabajos y miserias, en prolongadas vigiliias, en hambre y sed, en ayunos frecuentes, en frío y en desnudez» (1Cor 11,27). ¿Por qué todo esto? El mismo san Pablo nos da a esta pregunta cumplida respuesta:

Porque todo apóstol participa íntimamente en la obra de Cristo, que es amor de Dios discurriendo por un cause doloroso. El apóstol completa y aplica la Redención de Cristo, y por eso debe participar en el amor y en el sufrimiento que obraron nuestra salvación. San Pablo, crucificado con Cristo, tiene de esto una viva experiencia. «En mil maneras somos atribulados» – escribe a los corintios (2Cor 4, 8-12) – «pero no nos abatimos; en perplejidades, no nos desconcertamos; perseguidos, pero no abandonados; abatidos, no nos anonadamos, llevando siempre en el cuerpo la mortificación de Jesús, para que la vida de Jesús se manifieste en nuestro cuerpo. Mientras vivimos, estamos siempre entregados a la muerte por amor de Jesús, para que la vida de Jesús se manifieste también en nuestra carne mortal. De manera que en nosotros obra la muerte; en ustedes, la vida». Vibra en estas palabras, de un modo que emociona, el espíritu de Pablo de Tarso, esclavo del Señor Jesús. Si Cristo con su muerte dio vida al mundo, no podrá su discípulo elegir otro camino que éste de la pobreza, la humillación, el sufrimiento.

Por otra parte, san Pablo evangeliza en la pobreza para que el progreso del Reino se atribuyera sólo a Dios, no a sus ministros: «Me presenté a ustedes en debilidad, temor, y mucho temblor; mi palabra y mi predicación no fue en persuasivos discursos de humana sabiduría, sino que fue una demostración del Espíritu de fortaleza, a fin de que su fe no se apoye en la sabiduría de los

hombres, sino en el poder de Dios» (1Cor 2, 3-5). En san Pablo, el instrumento pastoral – hombre y medios empleados – debe ser pobre: suficiente, pero leve y humilde, «para que no se desvirtúe la cruz de Cristo» (1Cor 1,17).

Otra razón señala el Apóstol a favor de la pobreza pastoral: *La pobreza del apóstol, su desinterés por los bienes temporales, es una prueba de su veracidad que lo hace digno de crédito.* No piense el Mundo que, como tal Mundo, desea ser ganado y poseído por el mensajero del Evangelio. Aparezca éste pobre y limpio de toda ambición terrena, para que pueda decir con verdad: «No busco sus bienes, sino a ustedes mismos» (2Cor 12, 14).

Dios humilla también a sus mensajeros para que no se ufanen con la categoría de su excelsa misión. «Llevamos este tesoro en vasijas de barro, para que la excelencia del poder sea de Dios, y no parezca nuestra» (2Cor 3,7). El portador de la Buena Nueva está expuesto a gloriarse vanamente en la luz que irradia, como si fuera propia. Por eso Dios coloca a los evangelizadores como «desecho del mundo, como desecho de todos, en hambre y sed, en frío y desnudez»; por eso permite que se vean afectados por enfermedades, limitaciones irritantes, contratiempos de toda índole, para que mantenga su humildad en el ejercicio de la más sublime de las misiones: ser ecos de la voz del Verbo. «Para que yo no me engría con la sublimidad de las revelaciones» – declara humildemente el Apóstol – «Y por eso, para que no me engría con la sublimidad de esas revelaciones, fue dado un aguijón a mi carne, un ángel de Satanás que me abofetea para que no me engría» (2Cor 12,7).

El pastor está siempre tentado a creer que sus fuerzas y valores humanos pueden algo por sí solos en la misión temporal, o al menos fácilmente pensará que en el fruto de su labor habrá una coincidencia entre fuerza humana y fuerza divina, juzgándolas correlativas; consecuentemente buscará aumentar al máximo la potencia humana y enriquecer los medios que pone al servicio de la pastoral, seguro de que así ésta aumentará en eficacia. Así debió pensar por algún tiempo san Pablo, pues confiesa que rogó insistentemente al

Señor le librara de las penosas limitaciones – ignoramos de qué orden eran – que padecía. Pero obtuvo de Cristo una respuesta que tuvo la virtud de transformar sus pensamientos de un modo completo: «Mi gracia te basta, que mi fuerza se muestra perfecta en la flaqueza» (2Cor 12,9). Sorprendente enseñanza. El Señor le declara a Pablo que normalmente no coinciden fuerza humana y eficacia sobrenatural, y le afirma un principio pastoral diametralmente opuesto: Dios prefiere manifestar su poder a través de los pobres, y pobremente: en la flaqueza del hombre llega al colmo la manifestación del poder de Dios. La reacción del Apóstol nos trae otra vez reminiscencias del Magníficat: «Muy gustosamente continuaré gloriándome en mis debilidades para que habite en mí la fuerza de Cristo. Por lo cual me complazco en las enfermedades, en los oprobios, en las necesidades, en las persecuciones en las angustias, por Cristo; pues, cuando parezco débil, entonces es cuando soy fuerte» (2Cor 12, 9-10).

En el Nuevo Testamento es quizá san Pablo el que elabora con más profundidad la teología de la pobreza. No es raro, pues, que san Lucas, durante tanto tiempo compañero del Apóstol, escribiera un Evangelio que con razón ha merecido ser llamado el Evangelio de la Pobreza.

Reflexión y compromiso personal:

La pobreza en la enseñanza de la Iglesia

La excelencia de la pobreza aparece bellamente enunciada en la Bula «Exiit» del papa Nicolás III, que la promulgó con ocasión de las polémicas de las Ordenes Mendicantes:² «La renuncia de la propiedad de todas las cosas realizadas por amor de Dios, no sólo individual sino comunitariamente, es meritoria y santa. Cristo mismo, mostrándonos el camino de la perfección, la enseñó con su palabra y la confirmó con su ejemplo, y los primeros fundadores de la Iglesia militante, según la habían bebido de su misma fuente, la imitaron en el pensamiento y en la vida, pues querían vivir la vida de perfección. Y nadie objete, como algunas veces se hace,

que Cristo tuviera bolsa, pues Jesucristo, cuyos actos son perfectos siempre, obró en el camino de la perfección de tal manera que, condescendiente con los defectos de los débiles, exaltaba el camino de la perfección sin condenar las miserables sendas de los imperfectos».³

También entre los Padres era común la enseñanza de que el apóstol debía ser pobre. Así san Jerónimo enseñaba que «la suma del apostolado y la cima de la perfección está en venderlo todo, distribuirlo a los pobres y, así, ligero y libre de todo lazo, volar con Cristo a lo celeste».⁴

Pero la Iglesia no declara y dogmatiza exclusivamente en documentos sólo asequibles a los eruditos, sino que especialmente por medio de su *liturgia* expone oficialmente su propia espiritualidad, comunicándola a todos sus fieles, seculares o religiosos: la liturgia, tanto en su catequesis como en su Eucaristía, constituye el pan común de todos los cristianos. Pues bien, la liturgia romana testimonia y hace presente el valor de la pobreza a todo lo largo del ciclo litúrgico, y especialmente en el período cuaresmal de preparación a la Pascua, exhortando al pueblo cristiano a que por la oración, el ayuno y la caridad, muera con su Señor a las cosas de este mundo, para que, libre de todo lazo temporal, pueda participar en el sufrimiento redentor del Crucificado y en la alegría vivificante del Resucitado. Así, recomienda la pobreza «para que, mitigados los afectos terrenos, más fácilmente gustemos de las cosas celestiales»;⁵ «haz que menospreciemos las prosperidades del mundo, y gocemos siempre de los



consuelos celestiales». ⁶ Y la liturgia enseña también frecuentemente que Dios prefiere los medios pobres para la realización de sus designios salvíficos: «Omnipotente y sempiterno Dios, que con admirable providencia eliges lo débil del mundo para confundir lo más fuerte...» ⁷

Reflexión y compromiso personal:

Obstáculos para la pobreza

La condición enferma de nuestra naturaleza, desordenadamente inclinada a la posesión de bienes, hace que la pobreza, diversamente realizada según las circunstancias personales, sea un ingrediente esencial de la vida cristiana. Escuchemos sobre esto la voz del papa Pío XII en uno de sus discursos: ⁸ «¿Qué hombre, partícipe de esa enfermedad que lleva consigo el pecado de nuestro primer padre, a menos de contarse entre los más perfectos que la gracia de Dios ha excepcionalmente suscitado, podrá guardar su corazón completamente desprendido de las cosas de la tierra [pobreza espiritual], si de algún modo no se aparta lo más posible de ella y no se abstiene valientemente de las cosas terrenas [pobreza material]? Nadie goza de las comodidades de que este mundo abunda, no toma parte en los placeres de los sentidos, ni se recrea en los goces que ofrece más y más cada día a sus adeptos, sin perder algo de su espíritu de fe y de su caridad con Dios».

Alguien podrá hallar latente en estas frases de Pío XII un profundo pesimismo. Ciertamente, la doctrina evangélica de la pobreza carece de sentido para quien no tiene una fe viva en la doctrina tradicional de la naturaleza herida por el pecado, hoy bastante olvidada: ¿A qué viene este temor a la posesión de las cosas? ¿No son buenas, como hechas por Dios para el hombre?

Pío XII comienza su enseñanza haciendo expresa mención de que trata del «hombre, partícipe de esa enfermedad que lleva consigo el pecado de nuestro primer padre», y proclama la pobreza como la medicina necesaria para la curación de esa naturaleza humana, enferma y desordenada, que posee las criaturas sin referencia a Dios y son atender las exigencias de la justicia y de la cari-

dad. Quien no tenga presente esta inclinación al mal y dificultad para el bien que afecta a la naturaleza humana no podrá entender el sentido y la necesidad de la pobreza cristiana. Actualmente, es frecuente valorar el estado de las posibilidades de lo humano con un optimismo ligero, vano, y no son pocos los cristianos que, pasando por alto el dogma «pesimista» del pecado original, han perdido el aprecio por la pobreza y el santo temor del mundo. A nuestro juicio, aceptar la necesidad moral de la ayuda de la pobreza efectiva – en el modo y medida conveniente a cada uno – es en buena parte cuestión de humildad.

El que deja que su tren de vida sea determinado por el estilo del mundo circundante, vuelve la espalda al Evangelio renunciando a guiarse por la fe en uno de los aspectos más importantes de la vida humana y se abandona a los deseos de su propia concupiscencia que, sin ser pecado, del pecado procede y a él inclina.

Reflexión y compromiso personal:

Virtudes anexas a la pobreza

La prudencia debe regir la realización de la pobreza. En la ya citada bula de Nicolás III se previene que no «surja ningún error de estas cosas, no sea que quienes renuncian así a la propiedad de todas las cosas por Dios se expongan como suicidas o tentadoras de Dios a los riesgos de la vida. Por el contrario, de tal manera se encomiendan a sí mismos a la providencia divina en el vivir, que no menosprecien la provisión humana, pues deben sustentarse ya de lo que generosamente les ofrezcan, ya de lo que mendiguen humildemente, ya de los que diligentemente se procuren por el trabajo... Ciertamente, si, según la promesa del Salvador, nunca cesará la fe de la Iglesia, tampoco desaparecerán nunca las obras de misericordia, por lo que cualquier motivo de desconfianza ha sido quitado a los pobres de Cristo».

Juan XXII, en su Bula «Quorundam exigit», enseña también que la pobreza debe someterse a ***la obediencia***: «La vida religiosa se destruye si los súbditos se desligan de la meritoria obediencia; pues si grande es, ciertamente, la pobreza,

mayor bien es el celibato, y el máximo bien es la obediencia, si se conserva perfecta. En efecto, la primera domina las cosas, la segunda la carne, y la tercera el entendimiento y la voluntad, ya que, como libres, los hombres se sujetan por la obediencia con el yugo de su propia voluntad a la autoridad de otro humilde hombre».

También la *caridad* está por encima de la pobreza, siendo ésta un camino hacia aquella. Así se afirma en el mismo documento: «Ya que la perfección de la vida cristiana consiste principal y esencialmente en la caridad – que el apóstol Pablo llama «vínculo de perfección» y que une de alguna manera al hombre con su fin, al cual el hombre se dispone por el menosprecio y el embargo de las cosas temporales precisamente porque así quita esa solicitud que esos bienes exigen en su adquisición, conservación y administración, y que casi siempre aparta el ejercicio de la caridad – queda todavía afirmar que, si después de una expropiación de esta clase permanece la solicitud que existía antes de la misma, tal decomiso y renuncia de las cosas temporales en nada contribuye a la perfección».

Finalmente, no agrada a Dios aquella pobreza que resulta un obstáculo para *la humildad*, dada esa misma flaqueza humana que hace aconsejable la pobreza. En la citada Bula, Juan XXII reprocha a la derivación franciscana de los Espirituales que, con ocasión del estatuto que tenían, «los mismos hermanos comenzaron a gloriarse vanamente de la extremadísima pobreza que vivían».

Desde los tiempos de los ebionitas y cátaros la Iglesia ha visto surgir entre sus hijos muchas herejías en torno a la pobreza. La Iglesia ensalza los valores de la pobreza porque sabe que es la

medicina que conviene al hombre caído, ávido de poseer, pero precisamente porque conoce la flaqueza y miseria de ese hombre herido por el pecado original, enseña que la pobreza debe ser realizada con prudencia, sobre todo cuando se intenta comunitariamente, y que debe estar subordinada a las exigencias supremas de la caridad, la humildad y la obediencia. Ciertamente, la sabiduría de la Iglesia en medio de la turbulenta historia ha de atribuirse a la asistencia del Espíritu Santo. La nave de Pedro tiene bien puesta la quilla.

En efecto, la Iglesia ha tenido que hacer frente a muchas *actitudes extremas sobre la pobreza*. Recuérdense las antiguas herejías de los ebionitas, apostólicos, encratitas o abstinentes, tacionos,

cátaros, etc. Varias de estas sectas condenaban juntamente – lo que no deja de tener su lógica – el matrimonio y la posesión de bienes. En los tiempos de san Agustín hubo de condenarse este error de los discípulos de Pelagio: «A los ricos bautizados, a no ser que renuncien a todos sus bienes, no se les conta-

rá ni aquello que al parecer hacen de bueno, y no podrán obtener el reino de Dios». En 1208 Durando de Huesca, que arremetía sin discernimiento contra los ricos, hubo de retractarse y confesar oficialmente que «se salvan los que permanecen en el mundo poseyendo sus cosas, y hacen limosnas y obras buenas con sus propios bienes, guardando los preceptos del Señor». Poco tiempo después, en 1250 hubieron de ser condenados los errores de Guillermo Cornelisz, el cual mantenía «que ningún rico se puede salvar, y que todo rico es avaro», es decir, que todo rico está apegado a sus riquezas, es avaro, y reo por tanto del infierno.

A estas herejías que mantenían una condena excesiva de la riqueza, correspondían unas



actitudes de extremada valoración de la pobreza. Para estos autores no poseer, más que un camino de salvación, era la salvación misma, y así el mismo Cornelisz mantuvo esta proposición, condenada en la misma fecha y documento: «Ningún pobre puede condenarse, sino que todos se salvarán». «Como el óxido de los metales en el fuego, así se consume en la pobreza todo pecado y es anulado ante los ojos de Dios».

La pobreza puramente espiritual ha sido atacada muchas veces con razón, otras con exceso. En 1369 Foullechat se retractó de afirmaciones extremosas, como ésta: «La renuncia de las cosas temporales según la disposición del alma no muestra ni realiza ninguna perfección, como no sea muy pequeña y débil». Para él resultaba algo inconciliable tener caridad y tener propiedad: «Esta bendita, más, sobrebendita y dulcísima ley del amor, quita toda propiedad y dominio».

Reflexión y compromiso personal:

El sacerdote diocesano y la pobreza

En cuanto a la pobreza que corresponde al clero diocesano es preciso decir que una pobreza efectiva, con renuncia a toda posesión, no puede exigirse al clero ni por ley divina ni en virtud de ley eclesiástica. El Concilio Lateranense (1328) consideró herejía «afirmar que es contra la Sagrada Escritura que los eclesiásticos tengan posesiones temporales».⁹ La misma proposición es condenada a Juan Wicleff y a otros en el Concilio de Constanza (1418), junto con estas otras: «Enriquecer al clero es contra la regla de Cristo». «El Papa Silvestre y Constantino erraron al dotar a la Iglesia»¹⁰

Sin embargo, la pobreza espiritual, con sus necesarias repercusiones efectivas, es gravemente urgida al clero, especialmente desde san Pío X.

En la Exhortación Apostólica «*Haerent animo*» (1908), que este gran papa dirigió al los sacerdotes católicos, enseña: «Si alguno obra por un vergonzoso afán de lucro, si se enreda en negocios temporales, si ambiciona los primeros puestos y desprecia los demás, si se hace esclavo de la carne y de la sangre, si busca agradar a los

hombres, si confía en las palabras persuasivas de la sabiduría humana, todo ello proviene de que desdeña el mandamiento de Cristo y desprecia la condición por él puesta: Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo».¹¹ «Triunfe en todos aquella caridad que no busca lo propio, a fin de que, ahogados los estímulos de la envidiosa contienda y la ambición insaciable que atormentan al corazón humano, todos sus esfuerzos, con una fraternal emulación, tiendan al aumento de la gloria divina».¹²

En la Carta Apostólica «*Ad catholici sacerdotii*» de Pío XI (1935), se insiste en la misma exhortación a la pobreza conveniente al clero: «No menos que por la pureza debe distinguirse el sacerdote católico por el desinterés. En medio de un mundo corrompido, en que todo se vende y todo se compra, ha de mantenerse limpio de cualquier género de egoísmo, mirando con sano desdén toda vil codicia de ganancia terrena, buscando almas, no riqueza; la gloria de Dios, no la propia. No es el hombre asalariado que trabaja por una recompensa temporal; ni el empleado que cumple, sí, a conciencia, las obligaciones de su cargo, pero tiene también puesta la mira en su carrera, en sus ascensos; es el «buen soldado de Cristo que no se entorpece con negocios del siglo, a fin de agradar a quien le alistó para su servicio»; pero es el ministro de Dios y el padre de las almas, y sabe que su trabajo, sus afanes, no tienen compensación adecuada en los tesoros u honores de la tierra. No le está prohibido recibir lo conveniente para su propia sustentación, conforme a aquello del Apóstol: «Los que sirven al altar participen de las ofrendas... y el Señor dejó ordenado que quienes predicán el Evangelio vivan del Evangelio»; pero, «llamado al patrimonio del Señor», como lo expresa su mismo apelativo de clérigo, es decir, «a la herencia del Señor», no espera otra merced que la prometida por Jesucristo a sus Apóstoles: «Grande es su recompensa en el reino de los cielos». ¡Ay del sacerdote que, olvídale de tan divinas promesas, comenzara a mostrarse «codicioso de sórdida ganancia», y se confundiese con la turba de los mundanos, que arrancaron al Apóstol, y con él a la Iglesia, aquel lamento: «Todos buscaban sus intereses y no los de Jesu-

cristo!» Este tal, fuera de ir contra su vocación, se acarrearía el desprecio de sus mismos fieles, porque verían en él una lastimosa contradicción entre su conducta y la doctrina evangélica, tan claramente enseñada por Cristo, y que el sacerdote debe predicar: «No traten de amontonar tesoros para ustedes en la tierra, donde el moho y la polilla los consumen y donde los ladrones los desentieran y roban, sino atesoren tesoros en el cielo». Cuando se reflexiona que un Apóstol de Cristo, «uno de los doce», como con dolor observan los evangelistas, Judas, fue arrastrado al abismo de la maldad precisamente por el espíritu de codicia de los bienes de la tierra, se comprende bien que ese mismo espíritu haya podido acarrear a la Iglesia tantos males en el curso de los siglos. La codicia, llamada por el Espíritu Santo «raíz de todos los males», puede llevar al hombre a todos los crímenes; y cuando a tanto no llegue, un sacerdote tocado de este vicio, prácticamente, a sabiendas o sin advertirlo, hace causa común con los enemigos de Dios y de la Iglesia, y coopera a la realización de sus iníquos planes.

Por el contrario, el desinterés sincero gana para el sacerdote las voluntades de todos, tanto más cuanto que con este desapego de los bienes de la tierra, cuando procede de la fuerza íntima de la fe, va siempre unida una tierna compasión para con toda suerte de desgraciado, la cual hace del sacerdote un verdadero padre de los pobres, en los que, acordándose de las conmovedoras palabras de su Señor, «lo que hiciste a uno de estos mismos hermanos más pequeños, a mí lo hicieron», con singular afecto reconoce, reverencia y ama al mismo Jesucristo.¹³



Consecuentemente, debe ser apartado del sacerdocio «quien, por el contrario, movido quizá por padres mal aconsejados, quisiere abrazar tal estado con miras de ventajas temporales y terrenas».¹⁴

Pío XI señala que precisamente el sacerdote pobre es el que sabe compadecerse de los pobres, sus hermanos de naturaleza y de condición, y en el mismo documento urge también la pobreza del sacerdote por la razón elemental de que ha de

predicar la pobreza, parte integrante del Evangelio, con su palabra y con su propia vida: «A él le toca también enseñar las verdades de fe; y la doctrina religiosa nunca se enseña tan autorizada y eficazmente como cuando la maestra es la virtud». Porque dice el adagio que «las palabras conmueven, pero los ejemplos arrastran».

Ha de pregonar la ley evangélica. Y no hay argumento más al alcance de todos y más persuasivo, para hacer que sea abrazada con la gracia de Dios, que verla puesta en práctica por quien encarece su observancia... Esto es lo que de nuestro divino Redentor dice la Escritura: que «empezó a hacer y a enseñar», y si las turbas le aclamaban, no era tanto porque «jamás ha hablado otro como este hombre», cuanto porque «todo lo hizo bien». Al revés, «los que dicen y no hacen» se asemejan a los escribas y fariseos... El predicador que no trate de confirmar con su ejemplo la verdad que predica, destruirá con una mano lo que edifica con la otra.¹⁵ El argumento de Pío XI se puede reducir a esto: el sacerdote tiene obligación de predicar la pobreza eficazmente, luego debe ser pobre.

Pío XII, en su Exhortación Apostólica «*Menti Nostrae*», propugna la pobreza del clero, partien-

do de que el sacerdocio exige la perfección moral a quienes lo ostentan, pues la santidad ontológica del sacerdote debe manifestarse en la santidad moral que le es adecuada. Y el sacerdote «tiene que asociar su actividad a la de Cristo, único y eterno Sacerdote: y necesario es que siga e imite a aquel que, durante su vida terrenal, tuvo como supremo fin el manifestar su ardentísimo amor al Padre y hacer partícipes a los hombres de los infinitos tesoros de su corazón».¹⁶ Pero Cristo «vivió en la pobreza».¹⁷ Por tanto, el sacerdote deberá configurarse con Cristo y acogerse en lo posible a los medios que él propuso como más idóneos para alcanzar la perfección de la caridad. Así, el sacerdote católico debe añadir a la obediencia y a la castidad la pobreza: «Necesario es, asimismo, que su espíritu se halle cada día más alejado de la riqueza y de las cosas terrenales. Una y otra vez los exhortamos, amados hijos, a que no amen demasiado las cosas caducas y percederas de este mundo; procuren, más bien – con suma veneración – tomar como modelo a los grandes santos de tiempos pasados y de los nuestros; pues ellos, uniendo la renuncia necesaria de los bienes temporales a una suma confianza en la divina Providencia y al más ardiente celo sacerdotal, realizaron las obras más admirables, confiados tan sólo en Dios, que nunca niega los medios que sean necesarios. Aun los mismos sacerdotes seculares, que no hacen profesión de pobreza por voto especial, deberán conducirse por un amor a la pobreza que se muestre claro, así en su vida – sin suntuosidad – y en su largueza generosa para con los pobres. Y, sobre todo, se abstengan de participar en las empresas económicas, que los apartarán del cumplimiento de sus deberes pastorales, y harán disminuir la consideración de los fieles hacia ellos. Porque el sacerdote, obliga-



do como está a procurar por todos los medios la salvación de las almas, debe considerar como suya aquella sentencia del apóstol Pablo: «No busco sus cosas, a ustedes los busco»¹⁸ Que esta actividad suya tenga siempre objeto no las cosas terrenas y caducas, sino las eternas. Ideal de los sacerdotes que aspiren a la santidad debe ser éste: el trabajar únicamente por la gloria de Dios y la salvación de las almas. Muchísimos son los sa-

cerdotes que, aun entre las graves dificultades y angustias de nuestro tiempo, han tenido como norma los ejemplos y avisos del Apóstol de las Gentes, cuando, contentándose con un *mínimum* indispensable, y tan sólo buscando lo estrictamente necesario, afirmaba: «Teniendo alimentos y con qué cubrirnos, contentémonos con ello». Gracias a este desapego de las cosas terrenas, que va unido a una gran confianza en la Providencia divina, y que Nos parece digno de la mayor alabanza, el ministerio sacerdotal ha dado a la Iglesia frutos abundantes de bien espiritual y aun social.¹⁹

El mismo Papa enseña, no obstante, en la Encíclica – como en 1279 lo hizo Nicolás III – que no exige su exhortación a la pobreza cerrar las vías por las que la Providencia acude normalmente en ayuda de los que a ella se confían: Alabamos, además, y recordamos mucho, Venerables Hermanos, las iniciativas que tomen de común acuerdo para que no sólo que se provea también a lo futuro con aquel sistema de previsión – que celebramos se haya aplicado ya en otras clases de la sociedad civil – y ello principalmente cuando los sacerdotes se hallaren enfermos, sufran alguna invalidez o desfallezcan por vejez. De este modo aliviarán por completo a los sacerdotes en todo lo que toca a la incertidumbre de su porvenir.²⁰ Esta enseñanza – un poco desconcertante, pues precisamente «la incerti-

dumbre del porvenir» obliga a mantener siempre despierta la confianza en Dios, y es una de las más bellas facetas de la pobreza – en nuestra opinión tiende a moderar los posibles intentos colectivos de una pobreza excesiva que, de hecho, tornara a los sacerdotes más solícitos por los bienes temporales, en la angustiosa carencia de lo necesario y en la penosa inseguridad del mañana. Es cristiano unir a la Providencia divina la providencia humana, y Dios la quiere como instrumento de la suya, siempre que en la provisión humana no haya desorden o desconfianza. Sin embargo, quede claro que Pío XII deja el campo libre a las más extremas realizaciones del espíritu de pobreza: «Tomen como ejemplo los grandes santos de los tiempos antiguos y presentes», san Francisco de Asís, el santo Cura de Ars – modelo del clero católico – cuya pobreza efectiva puede calificarse de extrema.

Precisamente, Juan XXIII, en el centenario de la muerte de este gran cura de pueblo, dedicó su encíclica *«Sacerdotii Nostri primordia»* a exaltar su figura ante los sacerdotes católicos, insistiendo así, aún más, en la necesidad de que la pobreza espiritual recomendada al clero tenga una manifestación efectiva: «el admirable ejemplo de renuncia del Cura de Ars, severo consigo y dulce con los demás, recuerda a todos, en forma elocuente e insistente, el puesto primordial de la ascesis en la vida sacerdotal. Nuestro predecesor, Pío XII, queriendo aclarar más esta doctrina y disipar ciertos equívocos, quiso precisar cómo era falso el afirmar que el estado clerical – como tal y en cuanto procede de derecho divino – por su naturaleza o a lo menos por un postulado de su misma naturaleza, exige que sean observados por sus miembros los consejos evangélicos» Y el Papa concluía justamente: «Por lo tanto, el clérigo no está ligado por derecho divino a los consejos evangélicos de pobreza, castidad y obediencia». Mas sería equivocarse enormemente sobre el pensamiento de este Pontífice, tan solícito por la santidad de los sacerdotes, y sobre la enseñanza constante de la Iglesia, creer, por eso, que el sacerdote secular está llamado a la perfección menos que el religioso. La verdad es lo contrario, pues para el cumplimiento de las funciones

sacerdotales «se requiere una santidad interior mayor aún que la exigida para el estado religioso».

«Y si, para alcanzar esta santidad de vida, no se impone al sacerdote, en virtud del estado clerical, la práctica de los consejos evangélicos, ciertamente que a él, y a todos los discípulos del Señor, se les presenta como el camino real de la santificación cristiana. Por lo demás, con gran consuelo Nuestro, muy numerosos son hoy los sacerdotes generosos que lo han comprendido así, puesto que, aun permaneciendo en las filas del clero secular, acuden a piadosas asociaciones aprobadas por la Iglesia para ser guiados y sostenidos en los caminos de la perfección.»

Persuadidos de que «la grandeza del sacerdote consiste en la imitación de Jesucristo», los sacerdotes, por lo tanto, escucharán más que nunca el llamamiento del Divino Maestro: «Si alguno quiere seguirme, renuncie a sí mismo, tome su cruz y me siga». El santo Cura de Ars, según se refiere, había meditado con frecuencia esta frase de nuestro Señor y procuraba ponerla en práctica. Dios le hizo la gracia de que permaneciera heroicamente fiel; y su ejemplo nos guía aún por los caminos de la ascesis, en la que brilla con gran esplendor por su pobreza, castidad y obediencia.

Ante todo, observen la pobreza del humilde Cura de Ars, digno émulo de san Francisco de Asís, de quien fue fiel discípulo en la Orden Tercera. Rico para dar a los demás, más pobre para sí, vivió con total desapego de los bienes de este mundo, y su corazón verdaderamente libre se abrió generosamente a todas las miserias materiales y espirituales que a él llegaba. «Mi secreto» – decía él – «es sencillísimo; dar todo y no conservar nada». Su desinterés le hacía muy atento hacía los pobres, sobre todo a los de su parroquia, a los cuales mostraba una extremada delicadeza, tratándolos con verdadera ternura, con muchas atenciones y, en cierto modo, con respeto. Recomendaba que nunca se dejara de atender a los pobres, pues tal falta sería contra Dios; y cuando un pordiosero llamaba a su puerta, se consideraba feliz en poder decirle, al acogerlo con bondad: «Yo soy pobre como ustedes; hoy

soy uno de los suyos». Al final de su vida, le gustaba repetir: «Estoy contentísimo; ya no tengo nada y el buen Dios me puede llamar cuando quiera».

Por todo esto podrán comprender, Venerables Hermanos, con qué afecto exhortamos a Nuestros caros hijos en el sacerdocio católico a que mediten este ejemplo de pobreza y caridad. «La experiencia cotidiana demuestra» – escribía Pío XII pensando precisamente en el santo Cura de Ars – «que un sacerdote verdadera y evangélicamente pobre hace milagros en bien del pueblo cristiano». Y el mismo Pontífice considerando la sociedad contemporánea, dirigía también a los sacerdotes este grave aviso: «En medio de un mundo corrompido, en que todo se vende y se compra, han de mantenerse [los sacerdotes] limpios de cualquier género de egoísmo, mirando con santo desdén toda vil codicia de ganancia terrena, buscando almas, no riquezas; la gloria de Dios, no la propia».

Queden bien esculpidas estas palabras en el corazón de todos los sacerdotes. Si los hay que legítimamente poseen bienes personales, que no se apeguen a ellos. Recuerden, más bien, la obligación enunciada en el Código de Derecho Canónico, a propósito de los beneficios eclesiásticos, de destinar lo sobrante para los pobres y las causas piadosas. Y quiere Dios que ninguno merezca el reproche del santo Cura a sus ovejas: ¡cuántos tienen encerrado el dinero, mientras tantos pobres se mueren de hambre! Mas Nos consta que hoy muchos sacerdotes viven efectivamente en condiciones de pobreza real. La glorificación de uno de ellos, que voluntariamente vivió tan despojado y que se alegraba con el pensamiento de ser el más pobre de la parroquia, les servirá de providencial excitación para renunciar a sí mismos en la práctica de una pobreza evangélica.²¹

El Concilio Vaticano II sigue exhortando a la pobreza en la misma línea de estos citados Pontífices, y, si cabe, con más fuerza todavía.

Reflexión y compromiso personal:

Una pastoral vivida con espíritu de pobreza

Sobre **la pobreza conveniente a los medios pastorales** habla un texto de Pío XII, particularmente interesante, en el que, después de exhortarnos a la pobreza personal, recuerda que, si nuestro mensaje es locura para el mundo, incluso el modo de transmitirlo ha de ser locura para el mundo. El modo propio de propagar el Evangelio es, y debe ser en la práctica, radicalmente diferente a los modos de propaganda que el mundo emplea para imponer una idea política o un producto comercial:

«Sus principios para juzgar de las ideas y de las doctrinas, así como de lo que debe hacerse, deben ser diferentes de los del mundo; diferente debe ser su conducta, diferentes también las razones de sus esfuerzos para ejercer una influencia en los demás hombres. Busquen sus principios de juicio y de valoración en el Evangelio del Señor y en la doctrina de la Iglesia, porque «agradó a Dios salvar a los creyentes por la locura del mensaje», «porque la sabiduría de este mundo es locura ante Dios»; así, pues, «nosotros predicamos a Cristo crucificado».

Pero incluso los métodos por los que ustedes pueden actuar sobre los hombres para conducirlos a Dios, su fin último, ¿no son también diferentes de los que la mente abandonada a sí misma pudiera creer eficaces? El apostolado del que Nos hablamos descansa por entero en la necesidad de la gracia preveniente para abrir los corazones y los oídos de los creyentes; de la gracia adyuvante, sin la que nadie puede realizar una buena obra que conduzca a la salvación y nadie puede perseverar en el bien. Porque los caminos de Dios no son nuestros caminos; no siempre se encuentra «en los discursos persuasivos de la sabiduría humana» el poder de llevar las almas a la fe y a las obras de salvación, «sino en la manifestación del espíritu y del poder», en esa manifestación, llena de misterio, que, gracias a la total simplicidad, a la caridad, a la fuerza de convicción, hace brotar un maravilloso poder para convencer a las almas y para conducir las a Dios. No es por medio de esos procedimientos nuevos o extraños, que el genio humano inventa cada día, por los que se conduce

a los hombres hacia el bien, sino por el poder invisible de la gracia y de los sacramentos, sobre todo de la penitencia y de la Eucaristía. Por otra parte, quien no se retira del mundo al menos durante algún tiempo, e incluso quien no consagra casi todos los días un momento de reposo a meditar todas estas cosas en una atmósfera serena de piadosa intimidad con el Espíritu de sabiduría, ¿no se encontrará como invadido por esa fiebre inquieta y a menudo estéril de la «acción», como hoy se dice, más brillante que eficaz?²²

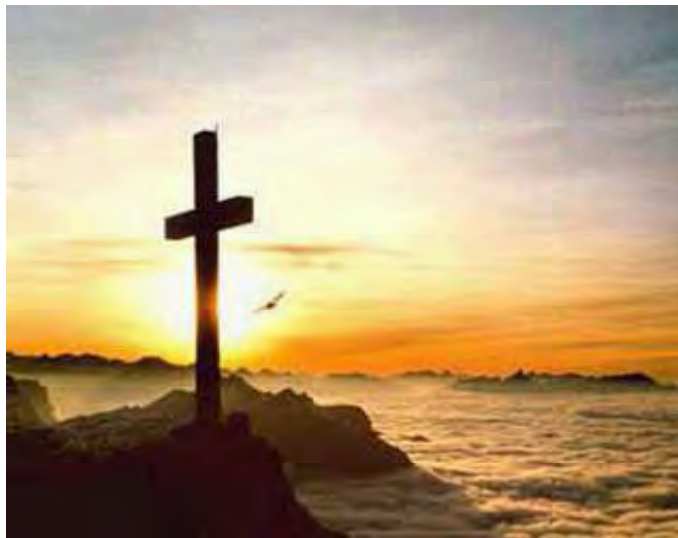
Actualmente, parece que algunos pastores no temen «desvirtuar la Cruz de Cristo» acumulando para el ejercicio de su pastoral todo género de medios técnicos y humanos, como si la doctrina evangélica de la pobreza no afectara a los bienes destinados al servicio pastoral, y la santidad y eficacia de una pastoral así concebida no se viera amenazada por el peligro de las riquezas. Frente a una pastoral apoyada excesivamente en la eficacia de los medios técnicos y humanos, frente a un apostolado que se concibe al modo humano y se planea de una manera alarmantemente semejante a las técnicas mundanas de cualquier género de propaganda, Pío XII insiste en que el apostolado que la Iglesia propugna «descansa por entero en la necesidad de la gracia», y en que los criterios de actuación apostólica deben extraerse de la Revelación fundamentalmente y no sólo de la opinión de la prudencia humana.

«Cuando los apóstoles y sus sucesores o co-operadores son enviados para anunciar a los hombres a Jesucristo Salvador del mundo» – afirma el Concilio – «su apostolado descansa sobre el poder de Dios, que tantas veces manifiesta la fuerza del Evangelio en la debilidad de sus testigos. Es preciso que cuantos se consagran al ministerio de la palabra divina *utilicen sistemas y medios propios del Evangelio*, que en muchos puntos son

diversos de los medios que la ciudad terrestre utiliza»; es decir, deben utilizar «todos y sólo los medios que sean conformes al Evangelio, y con vengan al bien de todos, según la diversidad de los tiempos y de las circunstancias».

Con estas decisiones no hace el Concilio sino reiterar las continuadas enseñanzas de la Iglesia:

Si los fines de la pastoral son esencialmente sobrenaturales – la producción e incremento de la vida de la gracia – los medios que en ella se habrán de emplear principalísimamente serán los sobrenaturales: la predicación, los sacramentos, la oración, la mortificación, el testimonio de una vida pobre y caritativa, etc.



Una vez más, el Magisterio de la Cátedra de Pedro, en este completo tema de la pobreza, muestra el seguro equilibrio que le confiere la asistencia del Espíritu Santo.

Reflexión y compromiso personal:

SÍNTESIS TEOLÓGICA DE LA POBREZA

No alcanzaremos a comprender de veras el sentido de la pobreza cristiana, si primero no llegamos a descubrir la última razón de la pobreza de Cristo, que es su origen y fundamento.

Cristo fue pobre porque era el Hijo de Dios

La filiación, vivida en su plenitud, exige que el hijo viva de su padre. La emancipación, con lo que implica de autonomía y autosustentación, trae una disminución de intensidad en la filiación. Pero, ciertamente, la filiación eterna del Hijo no vio disminuida su plenitud al ser vivida por Cristo en el tiempo y entre las creaturas.

En el seno de la Trinidad Santísima el Hijo es y vive del Padre, y todo el sentido de su existencia

radica en expresarlo de un modo infinitamente perfecto. Hecho hombre, el Hijo sigue viviendo en la tierra como tal: perfecta e inmediatamente dependiente del Padre, y dedicado a expresarlo mediante el anuncio del Evangelio. Nada ha cambiado.

¿Cómo, entonces, se puede concebir que el Hijo, Cristo, viviera en la tierra poseyendo medios propios de subsistencia? ¿No había de ser atendido y cuidado por su Padre, mientras él dedicaba la totalidad de su energía humana a expresarlo a los hombres? ¿No tendría su Padre solicitud o poder suficientes para subvenirle en sus necesidades, moviendo para ello providentemente a los hombres, a las cosas, o intercediendo milagrosamente? Si atendemos bien al hecho de que Jesús era el Hijo de Dios, no podremos imaginarlo sino como fue: pobre, en el más profundo sentido de la palabra, sin recursos propios, viviendo cada hora su absoluta dependencia del Padre.

Pero ¿por qué fue «materialmente» pobre? ¿Por qué nació en un pesebre y llevó una vida de pobreza? Todo esto, propiamente no viene requerido por su condición de Hijo: hubiera podido vivir perfectamente su filiación – en la que va entrañada la nota esencial de la pobreza: la dependencia amorosa y confiada en el Padre – sin llegar a sufrir la pobreza material, el frío y la intemperie, el hambre y la sed. Muy bien hubiera podido el Hijo vivir su divina filiación sobre la tierra rodeado de lujo, gloria y comodidades. La filiación pide dependencia, pero la sola dependencia del Padre no configura plenamente la pobreza de Cristo, pues no incluye el aspecto doloroso de la pobreza tal como quiso Dios que la viviera Cristo y, consecuentemente, que la viviéramos nosotros. Otra razón, pues, debe completar nuestra respuesta a la pregunta planteada, ¿por qué Cristo fue pobre?

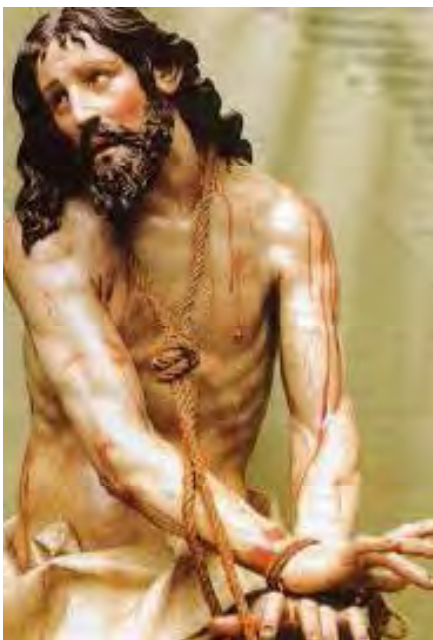
Reflexión y compromiso personal:

Cristo fue pobre porque vino a redimirnos y a darnos ejemplo de vida

La Encarnación fue esencialmente redentora, y la Redención fue hecha en el amor y en el dolor. El Verbo, en su forma pasible de existencia, adoptó consiguientemente la pobreza, que es amor y sufrimiento. Esta es la primera de las cuatro razones que, en preciosa síntesis, da santo Tomás en la Suma Teológica (III, 40, 3 in c.) para explicar la pobreza de Cristo:

1. Cristo «padeció la pobreza corporal para darnos a nosotros las riquezas espirituales», y la humillación del Hijo divino hizo posible la exaltación del hombre caído.
2. «Porque la pobreza era conveniente en su misión de predicar. Conviene, pues, que los predicadores de la palabra de Dios se dediquen con todas sus energías a la predicación, alejados por completo de todo cuidado por las cosas temporales; cosa que no pueden hacer los que poseen riquezas». A Cristo, evidentemente, no le hubieran estorbado las riquezas. Véase, pues, en esta razón su aspecto de ejemplaridad para nosotros.
3. «Porque, si tuviera riquezas, podría achacarse su predicación a la ambición». Fue pobre para que los hombres creyeran más fácilmente en su palabra.
4. «Para que apareciera tanto mayor la fuerza de su divinidad, cuanto por la pobreza se le viera más miserable». Fue pobre y humilde, para que más brillase el poder y la sabiduría de Dios, y nadie atribuyera a fuerza y ciencia humanas lo que Dios obraba por él. Y aún pueden añadirse otras razones secundarias:

Cristo tomó la pobreza material como una madre toma la medicina que repugna y necesita su niño enfermo: para animarnos con su ejemplo a adoptar la pobreza, amarga y saludable medicina de nuestra enferma naturaleza. Habiendo sido



él pobre, hizo que la pobreza nos resultase no sólo soportable, sino agradable.

Finalmente, Cristo fue pobre, materialmente pobre, porque había de predicarnos la pobreza, y en su predicación siempre fueron perfectamente unidos la palabra y el ejemplo.

Reflexión y compromiso personal:

¿Por qué nosotros debemos ser pobres?

Nuestra pobreza halla su motivo en la pobreza de Cristo, y la última razón de la pobreza de Cristo se halla en su condición de Hijo, esto es, en la vida de la Santísima Trinidad. Una vez más se confirma que ningún aspecto de la vida cristiana puede iluminarse sin acudir a su luz próxima – el misterio de Cristo – y a la última luz – el misterio de la Trinidad – razón de todo. Y esto es así porque la vida cristiana no es sino una participación de la vida trinitaria hecha por el Hijo, Cristo, que vino a participar a los hombres su filiación divina.

Nuestra pobreza, pues, se explica por la de Cristo, y la de Cristo por la vida de la Santísima Trinidad. Primero examinaremos las razones positivas a favor de la pobreza, que son aquellas que nos muestran su valor. Después las razones negativas, aquellas que explican la peligrosidad de la riqueza, y recomiendan así indirectamente la pobreza.

Razones positivas a favor de la pobreza

Por amor a Cristo pobre. Esta es la razón primera y fundamental. Los miembros de Cristo quieren llevar la vida de su Cabeza, el discípulo quiere vivir como su Maestro, y la amada no quiere mejor vida que la de su amado. Para el verdadero amigo de Cristo la riqueza resulta insufrible, porque Jesús fue pobre. Y éste es el



mayor valor de la pobreza, el fundamento primero de su validez, de manera que, aunque sólo fuera por esto, los cristianos deberíamos ser pobres.

Por vivir plenamente nuestra filiación divina. Si somos pobres, si no queremos tener recursos propios, es para poder vivir en toda su plenitud nuestra dependencia total e inmediata del Padre. Así reconocemos ante nuestro Creador la radical indigencia de nuestra condición de criaturas y, sobre todo, nos gozamos en vivir plenamente condiciones de hijos del Padre celestial, abandonándonos a su cuidado, seguros de no ver

defraudada nuestra confianza. Somos pobres porque somos hijos de Dios ¿para qué queremos tener recursos propios? De él vinimos, y de él es todo. Vivimos pobres, en la Casa del Padre, en la perfección de nuestra relación filial. En los antiguos tratados sobre virginidad se la comparaba con la vida angélica, y se señalaba que en el paso de la tierra

al cielo no había para las vírgenes un cambio cualitativo, pues la virginidad por amor de Dios es un modo de vida celestial introducido en el mundo por Jesucristo. Lo mismo puede decirse de la pobreza vivida por amor de Dios. Los pobres de Cristo viven la plenitud de la filiación divina. Hay cristianos que han vivido otra vocación, y viven con autonomía, mujer y bienes propios. Viven emancipados, y la emancipación no rompe la filiación, pero la disminuye. Por eso san Pablo dice de éstos que están «divididos». Si preferimos la pobreza es porque ella nos permite vivir más perfectamente la plenitud de la vida cristiana, que consiste en vivir en su mayor perfección la filiación divina en Cristo, el Hijo.

Para glorificar por Cristo al Padre. Abandonando nuestra vida a la solicitud de la providencia divina testimoniamos vivamente al mundo que el Padre es bueno, que es poderoso, que nos ama y

cuida de nosotros. Frente a los hombres ávidos de bienes materiales, insaciables en su ambición, los pobres de Cristo proclaman que el amor de Dios es tan dulce que, teniéndole a él, no se echa en falta nada. El da lo necesario a los que se han hecho pobres por su amor, y él hace que necesiten muy pocas cosas, muchísimas menos de las que necesita quien no tiene a Dios. Los pobres de Cristo, pobres por amor del reino de los cielos, no se intimidan ni ante la muerte, ya que ella es precisamente la entrada en ese reino. El mundo aprecia qué valor tiene para nosotros Dios, cuando ve que los cristianos tenemos en nada los bienes materiales, ídolos, máximos valores del mundo, y que, aunque los apreciamos – tienen una bondad intrínseca, son obras de nuestro Padre – podemos pasarnos sin ellos.

Para colaborar más eficazmente a la Redención, de la cual el sufrimiento es como elemento material, porque Dios lo quiso así. La pobreza nos hace entrar de lleno en el país del dolor, por donde quiso andar Cristo en este mundo. El deseo de inmortalarse con Cristo por la redención propia y de los demás – completar la Pasión de Cristo – halla en la pobreza un inmenso campo de posibilidades.

Por exigencia de nuestra caridad hacia los pobres. Dios amó especialmente a los pobres y, a la hora de llegarse a ellos en Cristo, llevó su compasión al extremo de hacerse pobre como ellos. La caridad exige de nosotros este mismo movimiento, este descenso compasivo hacia los sectores más pobres de la humanidad y, sobre todo, del Cuerpo místico de Cristo, ya que, además, en esas zonas tuvo su principio la salud del mundo, y sigue teniéndolo. El amor de los pobres nos llama a la pobreza, pues el amor, cuando no supone semejanza entre los amantes, la produce.



Para obtener una mayor eficacia apostólica.

Pobres, podemos dedicarnos plenamente a extender el reino del Padre, porque no tenemos que cuidar de nosotros mismos: los ricos cuidan de sí mismos, y Dios cuida de los que en su amor son pobres. Pobres, y pobres de corazón, somos más dignos de crédito, y los hombres no pueden encontrar motivación alguna sospechosa en unos mensajeros desligados de todo interés temporal. Pobres, hallamos en nuestra flaqueza la máxima fuerza pastoral, porque Dios se complace en confundir al mundo con nuestra debilidad y porque, siendo pobres, no confiamos en nosotros mismos y en nuestras fuerzas, sino en la gracia de Dios.

Reflexión y compromiso personal:

Razones negativas a favor de la pobreza

Estas razones que llamamos negativas se corresponden con las positivas, pero las consignamos aquí para completar el cuadro de valores de la pobreza cristiana. Así como los motivos arriba

aducidos a favor de la pobreza no suponían ni connotaban los efectos del pecado original, estas razones negativas que recomiendan la pobreza tienen carácter ascético, y parten de considerar al hombre como pecador, inclinado al mal, con un apetito desordenado de bienes temporales. Se debe, pues, huir de la riqueza y procurar la pobreza:

Por no servir al principio de este mundo. Los bienes temporales, como criaturas de Dios, tienen en sí mismos cierta bondad, aunque limitada. La posesión de estos bienes es peligrosa para los descendientes de Adán porque el Demonio se sirve de la bondad de las cosas creadas para desviarnos de Dios, Sumo Bien. Quiere llevarnos al mal por la posesión desordenada de las criaturas, de manera que quien

es vencido por la tentación diabólica prefiere la pequeña bondad de las criaturas a la infinita bondad y belleza de Dios. De ningún modo significa esto que las criaturas sean malas. Staudinger explica bien las palabras de Cristo en Mt 6, 24: «Ni la riqueza en sí, ni los bienes de la vida como tales son presentados como opuestos a Dios, sino «el príncipe de este mundo», que los ha tomado a su servicio y los ha convertido en reclamos para el triunfo de su espíritu en la tierra. Frente a ello sólo cabe una actitud: liberarse de todo esto, al menos interiormente, con la disposición de ánimo de la pobreza de espíritu».²³ Dejando los bienes temporales por el desprendimiento espiritual – y mejor aún si ese desprendimiento se hace efectivo – dejamos las cosas por las que Satanás intenta adueñarse de nuestras almas.

Por vencer la soberbia.

El hombre caído repugna su condición de criatura y de hijo. Huye la situación de indigencia y busca enriquecerse: quiere apoyarse en sí mismo, sentirse autónomo, dueño de sí. Para ello, apuntala bien su situación temporal sobre abundantes bienes, y se instala en esta vana tierra, fijando en ella su corazón y su morada. «La riqueza es para el rico fuerte ciudadela; le parece una alta muralla» (Prov 18, 11). De esto se trata, de escapar de la situación de criatura, de huir la condición de hijo con todo lo que ella implica de falta de autonomía y dependencia del Padre. Por eso el afán de enriquecerse o el apego a las riquezas que se poseen es para Cristo la disposición de ánimo más profundamente anticristiana. Y por eso predica la pobreza, para destruir esa desordenada tendencia y para restaurar al hombre en su posición natural, invitándole a vivir como hijo del Padre. Empobrecernos por amor a Dios es abismarnos en la intensa vivencia de nuestra condición de criaturas y de hijos: experiencia tremenda y grandiosamente feliz. La pobreza cristiana tiene por hermana la alegría.



Para humillar la vanidad humana. Si el hombre caído busca afirmarse ante sí mismo, como hemos visto, no menos tiende a afirmarse ante los demás. Sabe que, siendo rico, será apreciado y respetado; sabe que, cuando hable, le escucharán, y que podrá pensar, opinar, mirar y andar con cierta altanería, que el desgraciado mucho tiene por elegante superioridad. Gozará, en fin, de las preferencias del mundo, y en él se fijará su corazón, para alegría del Malo. Frente a esta miserable inclinación, Cristo propone la locura de la

pobreza, buen remedio de la vanidad, y exhorta a abatirse, humillarse, ir a ocupar el último lugar del mundo. Este lugar nadie nos lo disputará, y allí estaremos seguros, preferidos de Dios y olvidados del Demonio.

Para dominar la sensualidad. El hijo de Adán quiere gozar lo más posible de los bienes presentes, acudiendo a cualquier medio – por injusto que sea, la riqueza podrá vestirlo luego de licitud –. Es tal su horror al sufrimiento y su deseo de goces inmediatos, que antepone el bien presente y creado a su Creador, y esto aun sabiendo que hay otros bienes infinitos y eternos. Cristo corrige con la pobreza esta trágica inclinación de nuestra sensualidad. No poseamos y no poseeremos mal. Moderemos, al menos, nuestra posesión por la austeridad, guardando nuestro corazón para los bienes eternos. Convézanse nuestra flaca sensualidad de que en este mundo hay que sufrir mucho, tanto para ir al Cielo como para ir al Infierno, y decídase a aceptar el sufrimiento de la pobreza cristiana, que es camino hacia la Casa del Padre.

Para dejar libre nuestro corazón para el amor de Dios. Recordemos que la pobreza obra esta liberación en el hombre ya se le considere como pecador, ya simplemente como criatura limitada,

según la explicación de san Juan de la Cruz. Como hombre pecador, enfermo, inclinado al mal: «Aunque es verdad que los bienes temporales, de suyo, necesariamente no hacen pecar, pero porque ordinariamente con flaqueza de aflicción se cuece el corazón del hombre a ellos y falta a Dios – lo cual es pecado, porque pecado es faltar a Dios –»,²⁴ por eso le es conveniente adoptar la pobreza, para faltar menos a Dios y más libremente amarle. Pero también le conviene la pobreza al hombre tomado simplemente como criatura dotada de unas limitadas fuerzas para amar: «Cuan- to más se gozare el alma en otra cosa que en Dios, tanto menos fuertemente se empleará su gozo en Dios; y cuanto más esperarse otra cosa, tanto menos esperará en Dios». Y esto es válido para todas las potencias del alma humana, aun prescindiendo de considerar que está herida por el pecado original y por los posteriores pecados personales: se deriva simplemente de la limitación – en la intensidad y en el ejercicio – de las potencias espirituales del hombre, limitación inherente a su condición de criatura. Ahora bien, Cristo nos manda amar a Dios con toda la plenitud posible de nuestras potencias. Por eso, juntamente, exhorta lógicamente a la pobreza, al desprendimiento afectivo y efectivo de los bienes creados, para que todo nuestro corazón pueda emplearse, libre de toda división, sin traba alguna, en el amor de Dios.



Reflexión y compromiso personal:

Conclusiones

Hemos desglosado la motivación de la pobreza cristiana, su íntimo sentido según la luz de la fe y de la razón, esquematizando el conjunto de razones positivas y negativas que la hacen preciosa. Muchos otros valores hay en la pobreza, no incluidos explícitamente en este esquema teológico, pero pensamos que están contenidos en los ya enumerado y que a ellos pueden reducirse.

Podría desarrollarse un estudio del valor de la pobreza cristiana mostrando cómo procede de las distintas virtudes y dones, y, al mismo tiempo, cómo favorece el crecimiento de estas mismas virtudes y dones. Así, por ejemplo, la caridad, la esperanza, conducen a la pobreza, y ésta a su vez constituye una situación vital muy favorable para el desarrollo de la caridad y de la esperanza. No es viable la pobreza – o al menos no es cristiana – si no procede de la caridad y de las demás virtudes, que en su progresiva perfección son las que la hacen posible; y, de la misma manera, no es posible el desarrollo de la caridad y de las demás virtudes fuera del marco de cierta pobreza, distinta según los individuos y las circunstancias.

De todas las motivaciones positivas y negativas a favor de la pobreza, aquella que se titula **«para vivir más plenamente nuestra filiación divina»** es la más importante, y la que incluye a todas las demás. El cristiano pobre y sin recursos propios es el hijo que vive en la casa de su Padre, el hijo que no se ha emancipado. Todos los valores cristianos aparecen ahí íntimamente vinculados a la pobreza. En efecto el hijo que vive con su padre y de su padre tiene una más inmediata unión con él (pobreza-unión con Dios), trata más con él (pobreza-oración), con más frecuencia ha de pedirle cosas (pobreza-oración de petición, dependencia), y constantemente experimenta que vive de la bondad de su padre (pobreza-acción de gracias), con lo que se acrecienta su confianza (pobreza-confianza en Dios) y el conocimiento de su propia indigencia (pobreza-humildad, religiosidad)... Ya se ve que son múltiples y preciosas las conexiones de la pobreza con todas las virtudes y dones. Esto hace patente que la pobreza – junto a la virginidad y la obediencia – constituye el marco vital más apto para el buen desarrollo de la vida cristiana, que es vida de hijos de Dios Padre, en Cristo, por el Espíritu Santo.

Reflexión y compromiso personal:

LO SOCIAL EN LA EXHORTACIÓN «EVANGELII GAUDIUM»

INTRODUCCIÓN

Una de las señales evidentes de la presencia del Reino es – afirma Aparecida, «la evangelización de los pobres» (n. 383). La cuestión básica en la nueva evangelización no sólo es cómo anunciar el Evangelio sino preguntarnos si el Evangelio que anunciamos es buena noticia para los pobres y si nosotros, como Iglesia, hacemos creíble este Evangelio. La diaconía de la caridad debe ser motor de la misión y su signo de credibilidad.

En esta exhortación redescubrimos a la luz de la «alegría del Evangelio» que la acción caritativa y social de la Iglesia es una dimensión constitutiva de la evangelización, que el modo privilegiado de evangelizar es la diaconía, que es urgente animar la espiritualidad centrada en el misterio de Cristo para que el ejercicio de la caridad sea evangelizadora.

LA DIMENSIÓN SOCIAL DE LA EVANGELIZACIÓN

Capítulo 4º de la Exhortación Apostólica
«Evangelii Gaudium»
del Papa Francisco
sobre el anuncio del Evangelio
en el mundo actual

176. Evangelizar es hacer presente en el mundo el Reino de Dios. Pero «ninguna definición parcial o fragmentaria refleja la realidad rica, compleja y dinámica que comporta la evangelización, si no es con el riesgo de empobrecerla e incluso mutilarla». ²⁵ Ahora quisiera compartir mis inquietudes acerca de la dimensión social de

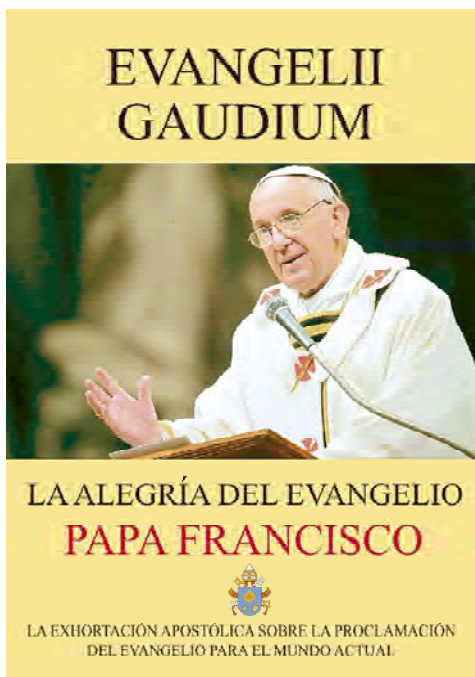
la evangelización precisamente porque, si esta dimensión no está debidamente explicitada, siempre se corre el riesgo de desfigurar el sentido auténtico e integral que tiene la misión evangelizadora.

I. Las repercusiones comunitarias y sociales del Kerygma

177. El kerygma tiene un contenido ineludiblemente social: en el corazón mismo del Evangelio está la vida comunitaria y el compromiso con los otros. El contenido del primer anuncio tiene una inmediata repercusión moral cuyo centro es la caridad.

Confesión de la fe y compromiso social

178. Confesar a un Padre que ama infinitamente a cada ser humano implica descubrir que «con ello le confiere una dignidad infinita». ²⁶ Confesar que el Hijo de Dios asumió nuestra carne humana significa que cada persona humana ha sido elevada al corazón mismo de Dios. Confesar que Jesús dio su sangre por nosotros nos impide conservar alguna duda acerca del amor sin límites que ennoblece a todo ser humano. Su redención tiene un sentido social porque, «Dios, en Cristo, no redime solamente la persona individual, sino también las relaciones sociales entre los hombres». ²⁷ Confesar que el Espíritu Santo actúa en todos implica reconocer que Él procura penetrar toda situación humana y todos los vínculos sociales: «El Espíritu Santo posee una inventiva infinita, propia de una mente divina, que provee a desatar los nudos de los sucesos humanos, incluso los



más complejos e impenetrables».²⁸ La evangelización procura cooperar también con esa acción liberadora del Espíritu. El misterio mismo de la Trinidad nos recuerda que fuimos hechos a imagen de esa comunión divina, por lo cual no podemos realizarnos ni salvarnos solos. Desde el corazón del evangelio reconocemos la íntima conexión que existe entre evangelización y promoción humana, que necesariamente debe expresarse y desarrollarse en toda acción evangelizadora. La aceptación del primer anuncio, que invita a dejarse amar por Dios y a amarlo con el amor que Él mismo nos comunica, provoca en la vida de la persona y en sus acciones una primera y fundamental reacción: desear, buscar y cuidar el bien de los demás.

179. Esta inseparable conexión entre la recepción del anuncio salvífico y un efectivo amor fraterno está expresada en algunos textos de las Escrituras que conviene considerar y meditar detenidamente para extraer de ellos todas sus consecuencias. Es un mensaje al cual frecuentemente nos acostumbramos, lo repetimos casi mecánicamente, pero no nos aseguramos de que tenga una real incidencia en nuestras vidas y en nuestras comunidades. ¡Qué peligroso y qué dañino es este acostumbramiento que nos lleva a perder el asombro, la cautivación, el entusiasmo por vivir el Evangelio de la fraternidad y la justicia! La Palabra de Dios enseña que en el hermano está la permanente prolongación de la Encarnación para cada uno de nosotros: «Lo que hicisteis a uno de estos hermanos míos más pequeños, lo hicisteis a mí» (Mt 25,40). Lo que hagamos con los demás tiene una dimensión trascendente: «Con la medida con que midáis, se os medirá» (Mt 7,2); y responde a la misericordia divina con nosotros: «Sed compasivos como vuestro Padre es compasivo. No juzguéis y no seréis juzgados; no condenéis y no seréis condenados; perdonad y seréis perdonados; dad y se os dará [...] Con la medida con que midáis, se os medirá» (Lc 6, 36-38). Lo que expresan estos textos es la absoluta prioridad de la «salida de sí hacia el hermano» como uno de los dos mandamientos principales que fundan toda norma moral y como el signo más claro para discernir acerca del cami-

no de crecimiento espiritual en respuesta a la donación absolutamente gratuita de Dios. Por eso mismo «el servicio de la caridad es también una dimensión constitutiva de la misión de la Iglesia y expresión irrenunciable de su propia esencia».²⁹ Así como la Iglesia es misionera por naturaleza, también brota ineludiblemente de esa naturaleza la caridad efectiva con el prójimo, la compasión que comprende, asiste y promueve.

1. **¿Con qué acciones pastorales ayudamos a la gente a sentirse amada por Dios?**
2. **¿Con qué acciones pastorales ayudamos a la gente a amar a los demás?**

El Reino que nos reclama

180. Leyendo las Escrituras queda por demás claro que la propuesta del Evangelio no es sólo la de una relación personal con Dios, nuestra respuesta de amor tampoco debería entenderse como una mera suma de pequeños gestos personales dirigidos a algunos individuos necesitados, lo cual podría constituir una «caridad a la carta», una serie de acciones tendentes sólo a tranquilizar la propia conciencia. La propuesta *es el Reino de Dios* (cf. Lc 4,43); se trata de amar a Dios que reina en el mundo. En la medida que Él logre reinar entre nosotros, la vida social será ámbito de fraternidad, de justicia, de paz, de dignidad para todos. Entonces, tanto el anuncio como la experiencia cristiana tienden a provocar consecuencias sociales. Buscamos su Reino: «Buscad ante todo el Reino de Dios y su justicia, y todo lo demás vendrá por añadidura» (Mt 6,33). El proyecto de Jesús es instaurar el Reino de su Padre; Él pide a sus discípulos: «¡Proclamad que está llegando el Reino de los cielos!» (Mt 10,7).

181. El Reino que se anticipa y crece entre nosotros lo toca todo y nos recuerda aquel principio de discernimiento que Pablo VI proponía con relación al verdadero desarrollo: «Todos los hombres y todo el hombre».³⁰ Sabemos que «la evangelización no sería completa si no tuviera en cuenta la interpelación recíproca que en el curso de los tiempos se establece entre el Evangelio y la vida concreta, personal y social del hombre».³¹ Se trata del criterio de universalidad, propio de la dinámica del Evangelio, ya que el

Padre desea que todos los hombres se salven y su plan de salvación consiste en «recapitular todas las cosas, las del cielo y las de la tierra, bajo un solo jefe, que es Cristo» (Ef 1,10). El mandato es: «Id por todo el mundo, anunciad la Buena Noticia a toda la creación» (Mc 16,15), porque «toda la creación espera ansiosamente esta revelación de los hijos de Dios» (Rm 8,19). Toda la creación quiere decir también todos los aspectos de la vida humana, de manera que «la misión del anuncio de la Buena Nueva de Jesucristo tiene una destinación universal. Su mandato de caridad abraza todas las dimensiones de la existencia, todas las personas, todos los ambientes de la convivencia y todos los pueblos. Nada de lo humano le puede resultar extraño». ³² La verdadera esperanza cristiana, que busca el Reino escatológico, siempre genera historia.

1. **En la medida que Dios reina entre nosotros, se vive más la fraternidad, la justicia, la paz y el respeto a la dignidad. ¿Nuestra parroquia hace hasta lo imposible para que reine Dios en la comunidad? ¿Qué nos falta por hacer o vivir?**
2. **¿Qué dimensiones, personas, comunidades, hemos descuidado en nuestra parroquia?**

La enseñanza de la Iglesia sobre cuestiones sociales

182. Las enseñanzas de la Iglesia sobre situaciones contingentes están sujetas a mayores o nuevos desarrollos y pueden ser objeto de discusión, pero no podemos evitar ser concretos –sin pretender entrar en detalles– para que los grandes principios sociales no se queden en meras generalidades que no interpelan a nadie. Hace falta sacar sus consecuencias prácticas para que «puedan incidir eficazmente también en las complejas situaciones actuales». ³³ Los Pastores, acogiendo los aportes de las distintas ciencias, tienen derecho a emitir opiniones sobre todo aquello que afecte a la vida de las personas, ya que la tarea evangelizadora implica y exige una promoción integral de cada ser humano. Ya no se puede decir que la religión debe recluírse en el ámbito privado y que está sólo para preparar las almas para el cielo. Sabemos que Dios quiere la felicidad de sus hijos también en esta tierra, aunque estén llama-

dos a la plenitud eterna, porque Él creó todas las cosas «para que las disfrutemos» (1 Tm 6,17), para que todos puedan disfrutarlas. De ahí que la conversión cristiana exija revisar «especialmente todo lo que pertenece al orden social y a la obtención del bien común». ³⁴

183. Por consiguiente, nadie puede exigirnos que releguemos la religión a la intimidad secreta de las personas, sin influencia alguna en la vida social y nacional, sin preocuparnos por la salud de las instituciones de la sociedad civil, sin opinar sobre los acontecimientos que afectan a los ciudadanos. ¿Quién pretendería encerrar en un templo y acallar el mensaje de san Francisco de Asís y de la beata Teresa de Calcuta? Ellos no podrían aceptarlo. Una auténtica fe –que nunca es cómoda e individualista– siempre implica un profundo deseo de cambiar el mundo, de transmitir valores, de dejar algo mejor detrás de nuestro paso por la tierra. Amamos este magnífico planeta donde Dios nos ha puesto, y amamos a la humanidad que lo habita, con todos sus dramas y cansancios, con sus anhelos y esperanzas, con sus valores y fragilidades. La tierra es nuestra casa común y todos somos hermanos. Si bien «el orden justo de la sociedad y del Estado es una tarea principal de la política», la Iglesia «no puede ni debe quedarse al margen en la lucha por la justicia». ³⁵ Todos los cristianos, también los Pastores, están llamados a preocuparse por la construcción de un mundo mejor. De eso se trata, porque el pensamiento social de la Iglesia es ante todo positivo y propositivo, orienta una acción transformadora, y en ese sentido no deja de ser un signo de esperanza que brota del corazón amante de Jesucristo. Al mismo tiempo, une «el propio compromiso al que ya llevan a cabo en el campo social las demás Iglesias y Comunidades eclesiales, tanto en el ámbito de la reflexión doctrinal como en el ámbito práctico». ³⁶

184. No es el momento para desarrollar aquí todas las graves cuestiones sociales que afectan al mundo actual, algunas de las cuales comenté en el capítulo segundo. Éste no es un documento social, y para reflexionar acerca de esos diversos temas tenemos un instrumento muy adecuado en el Compendio de la Doctrina Social de la Iglesia,

cuyo uso y estudio recomiendo vivamente. Además, ni el Papa ni la Iglesia tienen el monopolio en la interpretación de la realidad social o en la propuesta de soluciones para los problemas contemporáneos. Puedo repetir aquí lo que lúcida-mente indicaba Pablo VI: «Frente a situaciones tan diversas, nos es difícil pronunciar una palabra única, como también proponer una solución con valor universal. No es éste nuestro propósito ni tampoco nuestra misión. Incumbe a las comunidades cristianas analizar con objetividad la situación propia de su país».³⁷

185. A continuación procuraré concentrarme en dos grandes cuestiones que me parecen fundamentales en este momento de la historia. Las desarrollaré con bastante amplitud porque considero que determinarán el futuro de la humanidad. Se trata, en primer lugar, de la inclusión social de los pobres y, luego, de la paz y el diálogo social.

1. **¿Cómo podemos dialogar mejor con los actores sociales de nuestra comunidad para no reducir la religión al ámbito privado sino como una verdadera promoción del Bien?**
2. **¿Qué mecanismos faltan en nuestra parroquia para conocer objetivamente la realidad social de nuestra comunidad?**

II. LA INCLUSIÓN SOCIAL DE LOS POBRES

186. De nuestra fe en Cristo hecho pobre, y siempre cercano a los pobres y excluidos, brota la preocupación por el desarrollo integral de los más abandonados de la sociedad.

Unidos a Dios escuchamos un clamor

187. Cada cristiano y cada comunidad están llamados a ser instrumentos de Dios para la liberación y promoción de los pobres, de manera que puedan integrarse plenamente en la sociedad; esto supone que seamos dóciles y atentos para escuchar el clamor del pobre y socorrerlo. Basta recorrer las Escrituras para descubrir cómo el Padre bueno quiere escuchar el clamor de los pobres: «He visto la aflicción de mi pueblo en Egipto, he escuchado su clamor ante sus opresores y conozco sus sufrimientos. He bajado para librarlo [...] Ahora pues, ve, yo te envío...» (Ex

3,7-8.10), y se muestra solícito con sus necesidades: «Entonces los israelitas clamaron al Señor y Él les suscitó un libertador» (Jc 3,15). Hacer oídos sordos a ese clamor, cuando nosotros somos los instrumentos de Dios para escuchar al pobre, nos sitúa fuera de la voluntad del Padre y de su proyecto, porque ese pobre «clamaría al Señor contra ti y tú te cargarías con un pecado» (Dt 15,9). Y la falta de solidaridad en sus necesidades afecta directamente a nuestra relación con Dios: «Si te maldice lleno de amargura, su Creador escuchará su imprecación» (Si 4,6). Vuelve siempre la vieja pregunta: «Si alguno que posee bienes del mundo ve a su hermano que está necesitado y le cierra sus entrañas, ¿cómo puede permanecer en él el amor de Dios?» (1 Jn 3,17). Recordemos también con cuánta contundencia el Apóstol Santiago retomaba la figura del clamor de los oprimidos: «El salario de los obreros que segaron vuestros campos, y que no habéis pagado, está gritando. Y los gritos de los segadores han llegado a los oídos del Señor de los ejércitos» (5,4).

188. La Iglesia ha reconocido que la exigencia de escuchar este clamor brota de la misma obra liberadora de la gracia en cada uno de nosotros, por lo cual no se trata de una misión reservada sólo a algunos: «La Iglesia, guiada por el Evangelio de la misericordia y por el amor al hombre, escucha el clamor por la justicia y quiere responder a él con todas sus fuerzas».³⁸ En este marco se comprende el pedido de Jesús a sus discípulos: «¡Dadles vosotros de comer!» (Mc 6,37), lo cual implica tanto la cooperación para resolver las causas estructurales de la pobreza y para promover el desarrollo integral de los pobres, como los gestos más simples y cotidianos de solidaridad ante las miserias muy concretas que encontramos. La palabra «solidaridad» está un poco desgastada y a veces se la interpreta mal, pero es mucho más que algunos actos esporádicos de generosidad. Supone crear una nueva mentalidad que piense en términos de comunidad, de prioridad de la vida de todos sobre la apropiación de los bienes por parte de algunos.

189. La solidaridad es una reacción espontánea de quien reconoce la función social de la propiedad

y el destino universal de los bienes como realidades anteriores a la propiedad privada. La posesión privada de los bienes se justifica para cuidarlos y acrecentarlos de manera que sirvan mejor al bien común, por lo cual la solidaridad debe vivirse como la decisión de devolverle al pobre lo que le corresponde. Estas convicciones y hábitos de solidaridad, cuando se hacen carne, abren camino a otras transformaciones estructurales y las vuelven posibles. Un cambio en las estructuras sin generar nuevas convicciones y actitudes dará lugar a que esas mismas estructuras tarde o temprano se vuelvan corruptas, pesadas e ineficaces.

190. A veces se trata de escuchar el clamor de pueblos enteros, de los pueblos más pobres de la tierra, porque «la paz se funda no sólo en el respeto de los derechos del hombre, sino también en el de los derechos de los pueblos».³⁹ Lamentablemente, aun los derechos humanos pueden ser utilizados como justificación de una defensa exacerbada de los derechos individuales o de los derechos de los pueblos más ricos. Respetando la independencia y la cultura de cada nación, hay que recordar siempre que el planeta es de toda la humanidad y para toda la humanidad, y que el solo hecho de haber nacido en un lugar con menores recursos o menor desarrollo no justifica que algunas personas vivan con menor dignidad. Hay que repetir que «los más favorecidos deben renunciar a algunos de sus derechos para poner con mayor liberalidad sus bienes al servicio de los demás».⁴⁰ Para hablar adecuadamente de nuestros derechos necesitamos ampliar más la mirada y abrir los oídos al clamor de otros pueblos o de otras regiones del propio país. Necesitamos crecer en una solidaridad que «debe permitir a todos



los pueblos llegar a ser por sí mismos artífices de su destino»,⁴¹ así como «cada hombre está llamado a desarrollarse».⁴²

191. En cada lugar y circunstancia, los cristianos, alentados por sus Pastores, están llamados a escuchar el clamor de los pobres, como tan bien expresaron los Obispos de Brasil: «Deseamos asumir, cada día, las alegrías y esperanzas, las angustias y tristezas del pueblo brasileño, especialmente de las poblaciones de las periferias urbanas y de las zonas rurales –sin tierra, sin techo, sin pan, sin salud– lesionadas en sus derechos.

Viendo sus miserias, escuchando sus clamores y conociendo su sufrimiento, nos escandaliza el hecho de saber que existe alimento suficiente para todos y que el hambre se debe a la mala distribución de los bienes y de la renta. El problema se agrava con la práctica generalizada del desperdicio».⁴³

192. Pero queremos más todavía, nuestro sueño vuela más alto. No hablamos sólo de asegurar a todos la comida, o un «decoroso sustento», sino de que tengan «prosperidad sin exceptuar bien alguno».⁴⁴ Esto implica educación, acceso al cuidado de la salud y especialmente trabajo, porque en el trabajo libre, creativo, participativo y solidario, el ser humano expresa y acrecienta la dignidad de su vida. El salario justo permite el acceso adecuado a los demás bienes que están destinados al uso común.

1. **¿Quiénes son los pobres y abandonados de nuestra comunidad? ¿Conocemos sus nombres y direcciones?**
2. **¿Cómo podemos escuchar más el clamor de los pobres?**
3. **¿Nuestra parroquia es modelo de solidaridad y subsidiaridad para las demás instituciones**

de la comunidad? ¿Cómo podemos perfeccionarnos?

Fidelidad al Evangelio para no correr en vano

193. El imperativo de escuchar el clamor de los pobres se hace carne en nosotros cuando se nos estremecen las entrañas ante el dolor ajeno. Releamos algunas enseñanzas de la Palabra de Dios sobre la misericordia, para que resuenen con fuerza en la vida de la Iglesia. El Evangelio proclama: «Felices los misericordiosos, porque obtendrán misericordia» (Mt 5,7). El Apóstol Santiago enseña que la misericordia con los demás nos permite salir triunfantes en el juicio divino: «Hablad y obrad como corresponde a quienes serán juzgados por una ley de libertad. Porque tendrá un juicio sin misericordia el que no tuvo misericordia; pero la misericordia triunfa en el juicio» (2,12-13). En este texto, Santiago se muestra como heredero de lo más rico de la espiritualidad judía del postexilio, que atribuía a la misericordia un especial valor salvífico: «Rompe tus pecados con obras de justicia, y tus iniquidades con misericordia para con los pobres, para que tu ventura sea larga» (Dn 4,24). En esta misma línea, la literatura sapiencial habla de la limosna como ejercicio concreto de la misericordia con los necesitados: «La limosna libra de la muerte y purifica de todo pecado» (Tb 12,9). Más gráficamente aún lo expresa el Eclesiástico: «Como el agua apaga el fuego llameante, la limosna perdona los pecados» (3,30). La misma síntesis aparece recogida en el Nuevo Testamento: «Tened ardiente caridad unos por otros, porque la caridad cubrirá la multitud de los pecados» (1 Pe 4,8). Esta verdad penetró profundamente la mentalidad de los Padres de la Iglesia y ejerció una resistencia profética contracultural ante el individualismo hedonista pagano. Recordemos sólo un ejemplo: «Así como, en peligro de incendio, correríamos a buscar agua para apagarlo [...] del mismo modo, si de nuestra paja surgiera la llama del pecado, y por eso nos turbamos, una vez que se nos ofrezca la ocasión de una obra llena de misericordia, alegrémonos de ella como si fuera una fuente que se nos ofrezca en la que podamos sofocar el incendio».⁴⁵

194. Es un mensaje tan claro, tan directo, tan simple y elocuente, que ninguna hermenéutica eclesial tiene derecho a relativizarlo. La reflexión de la Iglesia sobre estos textos no debería oscurecer o debilitar su sentido exhortativo, sino más bien ayudar a asumirlos con valentía y fervor. ¿Para qué complicar lo que es tan simple? Los aparatos conceptuales están para favorecer el contacto con la realidad que pretenden explicar, y no para alejarnos de ella. Esto vale sobre todo para las exhortaciones bíblicas que invitan con tanta contundencia al amor fraterno, al servicio humilde y generoso, a la justicia, a la misericordia con el pobre. Jesús nos enseñó este camino de reconocimiento del otro con sus palabras y con sus gestos. ¿Para qué oscurecer lo que es tan claro? No nos preocupemos sólo por no caer en errores doctrinales, sino también por ser fieles a este camino luminoso de vida y de sabiduría. Porque «a los defensores de «la ortodoxia» se dirige a veces el reproche de pasividad, de indulgencia o de complicidad culpables respecto a situaciones de injusticia intolerables y a los regímenes políticos que las mantienen».⁴⁶

195. Cuando san Pablo se acercó a los Apóstoles de Jerusalén para discernir «si corría o había corrido en vano» (Ga 2,2), el criterio clave de autenticidad que le indicaron fue que no se olvidara de los pobres (cf. Ga 2,10). Este gran criterio, para que las comunidades paulinas no se dejaran devorar por el estilo de vida individualista de los paganos, tiene una gran actualidad en el contexto presente, donde tiende a desarrollarse un nuevo paganismo individualista. La belleza misma del Evangelio no siempre puede ser adecuadamente manifestada por nosotros, pero hay un signo que no debe faltar jamás: la opción por los últimos, por aquellos que la sociedad descarta y desecha.

196. A veces somos duros de corazón y de mente, nos olvidamos, nos entretenemos, nos extasiamos con las inmensas posibilidades de consumo y de distracción que ofrece esta sociedad. Así se produce una especie de alienación que nos afecta a todos, ya que «está alienada una sociedad que, en sus formas de organización

social, de producción y de consumo, hace más difícil la realización de esta donación y la formación de esa solidaridad interhumana».⁴⁷

1. ¿Cómo podemos pasar de ser «el cerrado Doctor de la Ley o el cumplidor Fariseo» para ser el «Buen Samaritano»?

El lugar privilegiado de los pobres en el Pueblo de Dios

197. El corazón de Dios tiene un sitio preferencial para los pobres, tanto que hasta Él mismo «se hizo pobre» (2 Co 8,9). Todo el camino de nuestra redención está signado por los pobres. Esta salvación vino a nosotros a través del «sí» de una humilde muchacha de un pequeño pueblo perdido en la periferia de un gran imperio. El Salvador nació en un pesebre, entre animales, como lo hacían los hijos de los más pobres; fue presentado en el Templo junto con dos pichones, la ofrenda de quienes no podían permitirse pagar un cordero (cf. Lc 2,24; Lv 5,7); creció en un hogar de sencillos trabajadores y trabajó con sus manos para ganarse el pan. Cuando comenzó a anunciar el Reino, lo seguían multitudes de desposeídos, y así manifestó lo que Él mismo dijo: «El Espíritu del Señor está sobre mí, porque me ha ungido. Me ha enviado para anunciar el Evangelio a los pobres» (Lc 4,18). A los que estaban cargados de dolor, agobiados de pobreza, les aseguró que Dios los tenía en el centro de su corazón: «¡Felices vosotros, los pobres, porque el Reino de Dios os pertenece!» (Lc 6,20); con ellos se identificó: «Tuve hambre y me disteis de comer», y enseñó que la misericordia hacia ellos es la llave del cielo (cf. Mt 25,35s).

198. Para la Iglesia la opción por los pobres es una categoría teológica antes que cultural, sociológica, política o filosófica. Dios les otorga «su primera misericordia».⁴⁸ Esta preferencia divina tiene consecuencias en la vida de fe de todos los cristianos, llamados a tener «los mismos sentimientos de Jesucristo» (Flp 2,5). Inspirada en ella, la Iglesia hizo una opción por los pobres entendida como una «forma especial de primacía en el ejercicio de la caridad cristiana, de la cual da testimonio toda la tradición de la Iglesia».⁴⁹ Esta opción —enseñaba Benedicto XVI— «está implíci-

ta en la fe cristológica en aquel Dios que se ha hecho pobre por nosotros, para enriquecernos con su pobreza».⁵⁰ Por eso quiero una Iglesia pobre para los pobres. Ellos tienen mucho que enseñarnos. Además de participar del *sensus fidei*, en sus propios dolores conocen al Cristo sufriente. Es necesario que todos nos dejemos evangelizar por ellos. La nueva evangelización es una invitación a reconocer la fuerza salvífica de sus vidas y a ponerlos en el centro del camino de la Iglesia. Estamos llamados a descubrir a Cristo en ellos, a prestarles nuestra voz en sus causas, pero también a ser sus amigos, a escucharlos, a interpretarlos y a recoger la misteriosa sabiduría que Dios quiere comunicarnos a través de ellos.

199. Nuestro compromiso no consiste exclusivamente en acciones o en programas de promoción y asistencia; lo que el Espíritu moviliza no es un desborde activista, sino ante todo una atención puesta en el otro «considerándolo como uno consigo».⁵¹ Esta atención amante es el inicio de una verdadera preocupación por su persona, a partir de la cual deseo buscar efectivamente su bien. Esto implica valorar al pobre en su bondad propia, con su forma de ser, con su cultura, con su modo de vivir la fe. El verdadero amor siempre es contemplativo, nos permite servir al otro no por necesidad o por vanidad, sino porque él es bello, más allá de su apariencia: «Del amor por el cual a uno le es grata la otra persona depende que le dé algo gratis».⁵² El pobre, cuando es amado, «es estimado como de alto valor»,⁵³ y esto diferencia la auténtica opción por los pobres de cualquier ideología, de cualquier intento de utilizar a los pobres al servicio de intereses personales o políticos. Sólo desde esta cercanía real y cordial podemos acompañarlos adecuadamente en su camino de liberación. Únicamente esto hará posible que «los pobres, en cada comunidad cristiana, se sientan como en su casa. ¿No sería este estilo la más grande y eficaz presentación de la Buena Nueva del Reino?».⁵⁴ Sin la opción preferencial por los más pobres, «el anuncio del Evangelio, aun siendo la primera caridad, corre el riesgo de ser incomprendido o de ahogarse en el mar de palabras al que la actual sociedad de la comunicación nos somete cada día».⁵⁵

200. Puesto que esta Exhortación se dirige a los miembros de la Iglesia católica quiero expresar con dolor que la peor discriminación que sufren los pobres es la falta de atención espiritual. La inmensa mayoría de los pobres tiene una especial apertura a la fe; necesitan a Dios y no podemos dejar de ofrecerles su amistad, su bendición, su Palabra, la celebración de los Sacramentos y la propuesta de un camino de crecimiento y de maduración en la fe. La opción preferencial por los pobres debe traducirse principalmente en una atención religiosa privilegiada y prioritaria.

201. Nadie debería decir que se mantiene lejos de los pobres porque sus opciones de vida implican prestar más atención a otros asuntos. Ésta es una excusa frecuente en ambientes académicos, empresariales o profesionales, e incluso eclesiales. Si bien puede decirse en general que la vocación y la misión propia de los fieles laicos es la transformación de las distintas realidades terrenas para que toda actividad humana sea transformada por el Evangelio,⁵⁶ nadie puede sentirse exceptuado de la preocupación por los pobres y por la justicia social: «La conversión espiritual, la intensidad del amor a Dios y al prójimo, el celo por la justicia y la paz, el sentido evangélico de los pobres y de la pobreza, son requeridos a todos».⁵⁷ Temo que también estas palabras sólo sean objeto de algunos comentarios sin una verdadera incidencia práctica. No obstante, confío en la apertura y las buenas disposiciones de los cristianos, y os pido que busquéis comunitariamente nuevos caminos para acoger esta renovada propuesta.

1. ¿Qué acciones pastorales manifiestan nuestra opción preferencial por los pobres?

2. ¿Qué más podemos y debemos hacer teniendo en cuenta los números 200 y 201 de esta exhortación?

Economía y distribución del ingreso

202. La necesidad de resolver las causas estructurales de la pobreza no puede esperar, no sólo por una exigencia pragmática de obtener resultados y de ordenar la sociedad, sino para sanarla de una enfermedad que la vuelve frágil e indigna y que sólo podrá llevarla a nuevas crisis.

Los planes asistenciales, que atienden ciertas urgencias, sólo deberían pensarse como respuestas pasajeras. Mientras no se resuelvan radicalmente los problemas de los pobres, renunciando a la autonomía absoluta de los mercados y de la especulación financiera y atacando las causas estructurales de la inequidad,⁵⁸ no se resolverán los problemas del mundo y en definitiva ningún problema. La inequidad es raíz de los males sociales.

203. La dignidad de cada persona humana y el bien común son cuestiones que deberían estructurar toda política económica, pero a veces parecen sólo apéndices agregados desde fuera para completar un discurso político sin perspectivas ni programas de verdadero desarrollo integral. ¡Cuántas palabras se han vuelto molestas para este sistema! Molesta que se hable de ética, molesta que se hable de solidaridad mundial, molesta que se hable de distribución de los bienes, molesta que se hable de preservar las fuentes de trabajo, molesta que se hable de la dignidad de los débiles, molesta que se hable de un Dios que exige un compromiso por la justicia. Otras veces sucede que estas palabras se vuelven objeto de un manoseo oportunista que las deshonra. La cómoda indiferencia ante estas cuestiones vacía nuestra vida y nuestras palabras de todo significado. La vocación de un empresario es una noble tarea, siempre que se deje interpelar por un sentido más amplio de la vida; esto le permite servir verdaderamente al bien común, con su esfuerzo por multiplicar y volver más accesibles para todos los bienes de este mundo.

204. Ya no podemos confiar en las fuerzas ciegas y en la mano invisible del mercado. El crecimiento en equidad exige algo más que el crecimiento económico, aunque lo supone, requiere decisiones, programas, mecanismos y procesos específicamente orientados a una mejor distribución del ingreso, a una creación de fuentes de trabajo, a una promoción integral de los pobres que supere el mero asistencialismo. Estoy lejos de proponer un populismo irresponsable, pero la economía ya no puede recurrir a remedios que son un nuevo veneno, como cuando se pretende aumentar la rentabilidad redu-

ciendo el mercado laboral y creando así nuevos excluidos.

205. ¡Pido a Dios que crezca el número de políticos capaces de entrar en un auténtico diálogo que se oriente eficazmente a sanar las raíces profundas y no la apariencia de los males de nuestro mundo! La política, tan denigrada, es una altísima vocación, es una de las formas más preciosas de la caridad, porque busca el bien común.⁵⁹ Tenemos que convencernos de que la caridad «no es sólo el principio de las micro-relaciones, como en las amistades, la familia, el pequeño grupo, sino también de las macrorelaciones, como las relaciones sociales, económicas y políticas».⁶⁰ ¡Ruego al Señor que nos regale más políticos a quienes les duela de verdad la sociedad, el pueblo, la vida de los pobres! Es imperioso que los gobernantes y los poderes financieros levanten la mirada y amplíen sus perspectivas, que procuren que haya trabajo digno, educación y cuidado de la salud para todos los ciudadanos. ¿Y por qué no acudir a Dios para que inspire sus planes? Estoy convencido de que a partir de una apertura a la trascendencia podría formarse una nueva mentalidad política y económica que ayudaría a superar la dicotomía absoluta entre la economía y el bien común social.

206. La economía, como la misma palabra indica, debería ser el arte de alcanzar una adecuada administración de la casa común, que es el mundo entero. Todo acto económico de envergadura realizado en una parte del planeta repercute en el todo; por ello ningún gobierno puede actuar al margen de una responsabilidad común. De hecho, cada vez se vuelve más difícil encontrar soluciones locales para las enormes contradicciones globales, por lo cual la política local se satura de problemas a resolver. Si realmente queremos alcanzar una sana economía mundial, hace falta en estos momentos de la historia un modo más eficiente de interacción que, dejando a salvo la soberanía de las naciones, asegure el bienestar económico de todos los países y no sólo de unos pocos.

207. Cualquier comunidad de la Iglesia, en la medida en que pretenda subsistir tranquila sin

ocuparse creativamente y cooperar con eficiencia para que los pobres vivan con dignidad y para incluir a todos, también correrá el riesgo de la disolución, aunque hable de temas sociales o critique a los gobiernos. Fácilmente terminará sumida en la mundanidad espiritual, disimulada con prácticas religiosas, con reuniones infecundas o con discursos vacíos.

208. Si alguien se siente ofendido por mis palabras, le digo que las expreso con afecto y con la mejor de las intenciones, lejos de cualquier interés personal o ideología política. Mi palabra no es la de un enemigo ni la de un opositor. Sólo me interesa procurar que aquellos que están esclavizados por una mentalidad individualista, indiferente y egoísta, puedan liberarse de esas cadenas indignas y alcancen un estilo de vida y de pensamiento más humano, más noble, más fecundo, que dignifique su paso por esta tierra.

1. **¿Qué debemos hacer para promover la caridad sin caer en el asistencialismo? ¿Con distribuir solo despensas estamos erradicando la inequidad social y económica?**
2. **¿Promovemos la pastoral de la cultura, específicamente con los empresarios y políticos, en nuestra parroquia? ¿Tenemos miedo «molestarlos»?**

Cuidar la fragilidad

209. Jesús, el evangelizador por excelencia y el Evangelio en persona, se identifica especialmente con los más pequeños (cf. Mt 25,40). Esto nos recuerda que todos los cristianos estamos llamados a cuidar a los más frágiles de la tierra. Pero en el vigente modelo «exitista» y «privatista» no parece tener sentido invertir para que los lentos, débiles o menos dotados puedan abrirse camino en la vida.

210. Es indispensable prestar atención para estar cerca de nuevas formas de pobreza y fragilidad donde estamos llamados a reconocer a Cristo sufriente, aunque eso aparentemente no nos aporte beneficios tangibles e inmediatos: los sin techo, los toxicodependientes, los refugiados, los pueblos indígenas, los ancianos cada vez más solos y abandonados, etc. Los migrantes me plantean un desafío particular por ser Pastor de una

Iglesia sin fronteras que se siente madre de todos. Por ello, exhorto a los países a una generosa apertura, que en lugar de temer la destrucción de la identidad local sea capaz de crear nuevas síntesis culturales. ¡Qué hermosas son las ciudades que superan la desconfianza enfermiza e integran a los diferentes, y que hacen de esa integración un nuevo factor de desarrollo! ¡Qué lindas son las ciudades que, aun en su diseño arquitectónico, están llenas de espacios que conectan, relacionan, favorecen el reconocimiento del otro!

211. Siempre me angustió la situación de los que son objeto de las diversas formas de trata de personas. Quisiera que se escuchara el grito de Dios preguntándonos a todos: «¿Dónde está tu hermano?» (Gn 4,9). ¿Dónde está tu hermano esclavo? ¿Dónde está ese que estás matando cada día en el taller clandestino, en la red de prostitución, en los niños que utilizas para mendicidad, en aquel que tiene que trabajar a escondidas porque no ha sido formalizado? No nos hagamos los distraídos. Hay mucho de complicidad. ¡La pregunta es para todos! En nuestras ciudades está instalado este crimen mafioso y aberrante, y muchos tienen las manos preñadas de sangre debido a la complicidad cómoda y muda.

212. Doblemente pobres son las mujeres que sufren situaciones de exclusión, maltrato y violencia, porque frecuentemente se encuentran con menores posibilidades de defender sus derechos. Sin embargo, también entre ellas encontramos constantemente los más admirables gestos de heroísmo cotidiano en la defensa y el cuidado de la fragilidad de sus familias.

213. Entre esos débiles, que la Iglesia quiere cuidar con predilección, están también los niños por nacer, que son los más indefensos e inocentes de todos, a quienes hoy se les quiere negar su dignidad humana en orden a hacer con ellos lo que se quiera, quitándoles la vida y promoviendo legislaciones para que nadie pueda impedirlo. Frecuentemente, para ridiculizar alegremente la defensa que la Iglesia hace de sus vidas, se procura presentar su postura como algo ideológico, oscurantista y conservador. Sin embargo, esta

defensa de la vida por nacer está íntimamente ligada a la defensa de cualquier derecho humano. Supone la convicción de que un ser humano es siempre sagrado e inviolable, en cualquier situación y en cada etapa de su desarrollo. Es un fin en sí mismo y nunca un medio para resolver otras dificultades. Si esta convicción cae, no quedan fundamentos sólidos y permanentes para defender los derechos humanos, que siempre estarían sometidos a conveniencias circunstanciales de los poderosos de turno. La sola razón es suficiente para reconocer el valor inviolable de cualquier vida humana, pero si además la miramos desde la fe, «toda violación de la dignidad personal del ser humano grita venganza delante de Dios y se configura como ofensa al Creador del hombre».⁶¹

214. Precisamente porque es una cuestión que hace a la coherencia interna de nuestro mensaje sobre el valor de la persona humana, no debe esperarse que la Iglesia cambie su postura sobre esta cuestión. Quiero ser completamente honesto al respecto. Éste no es un asunto sujeto a supuestas reformas o «modernizaciones». No es progresista pretender resolver los problemas eliminando una vida humana. Pero también es verdad que hemos hecho poco para acompañar adecuadamente a las mujeres que se encuentran en situaciones muy duras, donde el aborto se les presenta como una rápida solución a sus profundas angustias, particularmente cuando la vida que crece en ellas ha surgido como producto de una violación o en un contexto de extrema pobreza. ¿Quién puede dejar de comprender esas situaciones de tanto dolor?

215. Hay otros seres frágiles e indefensos, que muchas veces quedan a merced de los intereses económicos o de un uso indiscriminado. Me refiero al conjunto de la creación. Los seres humanos no somos meros beneficiarios, sino custodios de las demás criaturas. Por nuestra realidad corpórea, Dios nos ha unido tan estrechamente al mundo que nos rodea, que la desertificación del suelo es como una enfermedad para cada uno, y podemos lamentar la extinción de una especie como si fuera una mutilación. No dejemos que a nuestro paso queden signos de destrucción y de muerte que afecten nuestra vida

y la de las futuras generaciones.⁶² En este sentido, hago propio el bello y profético lamento que hace varios años expresaron los Obispos de Filipinas: «Una increíble variedad de insectos vivían en el bosque y estaban ocupados con todo tipo de tareas [...] Los pájaros volaban por el aire, sus plumas brillantes y sus diferentes cantos añadían color y melodía al verde de los bosques [...] Dios quiso esta tierra para nosotros, sus criaturas especiales, pero no para que pudiéramos destruirla y convertirla en un páramo [...] Después de una sola noche de lluvia, mira hacia los ríos de marrón chocolate de tu localidad, y recuerda que se llevan la sangre viva de la tierra hacia el mar [...] ¿Cómo van a poder nadar los peces en alcantarillas como el río Pasig y tantos otros ríos que hemos contaminado? ¿Quién ha convertido el maravilloso mundo marino en cementerios subacuáticos despojados de vida y de color?».⁶³



216. Pequeños pero fuertes en el amor de Dios, como san Francisco de Asís, todos los cristianos estamos llamados a cuidar la fragilidad del pueblo y del mundo en que vivimos.

1. ¿Nuestra parroquia se distingue porque cuida a los migrantes como hijos o como una fuente de recursos económicos?
2. ¿Somos cómplices de las injusticias en nuestra comunidad? ¿Qué podemos hacer para rescatar a los toxicómanos, mujeres, niños de las situaciones de exclusión, maltrato y violación?
3. ¿Qué hacemos para erradicar la promiscuidad sexual que lleva a la práctica del aborto?
4. ¿Cómo promovemos el cuidado de la naturaleza en nuestra evangelización?

III. EL BIEN COMÚN Y LA PAZ SOCIAL

217. Hemos hablado mucho sobre la alegría y sobre el amor, pero la Palabra de Dios menciona también el fruto de la paz (cf. Ga 5,22).

218. La paz social no puede entenderse como un irenismo o como una mera ausencia de violencia lograda por la imposición de un sector sobre los otros. También sería una falsa paz aquella que sirva como excusa para justificar una organización social que silencie o tranquilice a los más pobres, de manera que aquellos que gozan de los mayores beneficios puedan sostener su estilo de vida sin sobresaltos mientras los demás sobreviven como pueden. Las reivindicaciones sociales, que tienen que ver con la distribución del ingreso, la inclusión social de los pobres y los derechos humanos, no pueden ser sofocadas con el pretexto de construir un consenso de escritorio o una efímera paz para una minoría feliz. La dignidad de la persona humana y el bien común están por encima de la tranquilidad de algunos que no quieren renunciar a sus privilegios. Cuando estos valores se ven afectados, es necesaria una voz profética.

219. La paz tampoco «se reduce a una ausencia de guerra, fruto del equilibrio siempre precario de las fuerzas. La paz se construye día a día, en la instauración de un orden querido por Dios, que comporta una justicia más perfecta entre los hombres».⁶⁴ En definitiva, una paz que no surja como fruto del desarrollo integral de todos, tampoco tendrá futuro y siempre será semilla de nuevos conflictos y de variadas formas de violencia.

220. En cada nación, los habitantes desarrollan la dimensión social de sus vidas configurándose como ciudadanos responsables en el seno de un pueblo, no como masa arrastrada por las fuerzas dominantes. Recordemos que «el ser ciudadano fiel es una virtud y la participación en la vida política es una obligación moral».⁶⁵ Pero convertirse en pueblo es todavía más, y requiere un proceso constante en el cual cada nueva generación se ve involucrada. Es un trabajo lento y arduo que exige querer integrarse y aprender a hacerlo

hasta desarrollar una cultura del encuentro en una pluriforme armonía.

221. Para avanzar en esta construcción de un pueblo en paz, justicia y fraternidad, hay cuatro principios relacionados con tensiones bipolares propias de toda realidad social. Brotan de los grandes postulados de la Doctrina Social de la Iglesia, los cuales constituyen «el primer y fundamental parámetro de referencia para la interpretación y la valoración de los fenómenos sociales». ⁶⁶ A la luz de ellos, quiero proponer ahora estos cuatro principios que orientan específicamente el desarrollo de la convivencia social y la construcción de un pueblo donde las diferencias se armonicen en un proyecto común. Lo hago con la convicción de que su aplicación puede ser un genuino camino hacia la paz dentro de cada nación y en el mundo entero.

1. ¿Qué y quienes ocasionan la violencia en nuestras comunidades? ¿Cómo los evangelizamos?

El tiempo es superior al espacio

222. Hay una tensión bipolar entre la plenitud y el límite. La plenitud provoca la voluntad de poseerlo todo, y el límite es la pared que se nos pone delante. El «tiempo», ampliamente considerado, hace referencia a la plenitud como expresión del horizonte que se nos abre, y el momento es expresión del límite que se vive en un espacio acotado. Los ciudadanos viven en tensión entre la coyuntura del momento y la luz del tiempo, del horizonte mayor, de la utopía que nos abre al futuro como causa final que atrae. De aquí surge un primer principio para avanzar en la construcción de un pueblo: el tiempo es superior al espacio.

223. Este principio permite trabajar a largo plazo, sin obsesionarse por resultados inmediatos. Ayuda a soportar con paciencia situaciones difíciles y adversas, o los cambios de planes que impone el dinamismo de la realidad. Es una invitación a asumir la tensión entre plenitud y límite, otorgando prioridad al tiempo. Uno de los pecados que a veces se advierten en la actividad sociopolítica consiste en privilegiar los espacios

de poder en lugar de los tiempos de los procesos. Darle prioridad al espacio lleva a enloquecerse para tener todo resuelto en el presente, para intentar tomar posesión de todos los espacios de poder y autoafirmación. Es cristalizar los procesos y pretender detenerlos. Darle prioridad al tiempo es ocuparse de iniciar procesos más que de poseer espacios. El tiempo rige los espacios, los ilumina y los transforma en eslabones de una cadena en constante crecimiento, sin caminos de retorno. Se trata de privilegiar las acciones que generan dinamismos nuevos en la sociedad e involucran a otras personas y grupos que las desarrollarán, hasta que fructifiquen en importantes acontecimientos históricos. Nada de ansiedad, pero sí convicciones claras y tenacidad.

224. A veces me pregunto quiénes son los que en el mundo actual se preocupan realmente por generar procesos que construyan pueblo, más que por obtener resultados inmediatos que producen un rédito político fácil, rápido y efímero, pero que no construyen la plenitud humana. La historia los juzgará quizás con aquel criterio que enunciaba Romano Guardini: «El único patrón para valorar con acierto una época es preguntar hasta qué punto se desarrolla en ella y alcanza una auténtica razón de ser la plenitud de la existencia humana, de acuerdo con el carácter peculiar y las posibilidades de dicha época». ⁶⁷

225. Este criterio también es muy propio de la evangelización, que requiere tener presente el horizonte, asumir los procesos posibles y el camino largo. El Señor mismo en su vida mortal dio a entender muchas veces a sus discípulos que había cosas que no podían comprender todavía y que era necesario esperar al Espíritu Santo (cf. Jn 16,12-13). La parábola del trigo y la cizaña (cf. Mt 13,24-30) gráfica un aspecto importante de la evangelización que consiste en mostrar cómo el enemigo puede ocupar el espacio del Reino y causar daño con la cizaña, pero es vencido por la bondad del trigo que se manifiesta con el tiempo.

1. ¿Nuestra evangelización crea procesos o solo eventos? ¿Qué es necesario cambiar en nuestra pastoral para hacerla más participativa, involucrando a otras personas y grupos?

La unidad prevalece sobre el conflicto

226. El conflicto no puede ser ignorado o disimulado. Ha de ser asumido. Pero si quedamos atrapados en él, perdemos perspectivas, los horizontes se limitan y la realidad misma queda fragmentada. Cuando nos detenemos en la coyuntura conflictiva, perdemos el sentido de la unidad profunda de la realidad.

227. Ante el conflicto, algunos simplemente lo miran y siguen adelante como si nada pasara, se lavan las manos para poder continuar con su vida. Otros entran de tal manera en el conflicto que quedan prisioneros, pierden horizontes, proyectan en las instituciones las propias confusiones e insatisfacciones y así la unidad se vuelve imposible. Pero hay una tercera manera, la más adecuada, de situarse ante el conflicto. Es aceptar sufrir el conflicto, resolverlo y transformarlo en el eslabón de un nuevo proceso. «¡Felices los que trabajan por la paz!» (Mt 5,9).

228. De este modo, se hace posible desarrollar una comunión en las diferencias, que sólo pueden facilitar esas grandes personas que se animan a ir más allá de la superficie conflictiva y miran a los demás en su dignidad más profunda. Por eso hace falta postular un principio que es indispensable para construir la amistad social: la unidad es superior al conflicto. La solidaridad, entendida en su sentido más hondo y desafiante, se convierte así en un modo de hacer la historia, en un ámbito viviente donde los conflictos, las tensiones y los opuestos pueden alcanzar una unidad pluriforme que engendra nueva vida. No es apostar por un sincretismo ni por la absorción de uno en el otro, sino por la resolución en un plano superior que conserva en sí las virtualidades valiosas de las polaridades en pugna.

229. Este criterio evangélico nos recuerda que Cristo ha unificado todo en sí: cielo y tierra, Dios y hombre, tiempo y eternidad, carne y espíritu, persona y sociedad. La señal de esta unidad y reconciliación de todo en sí es la paz. Cristo «es nuestra paz» (Ef 2,14). El anuncio evangélico comienza siempre con el saludo de paz, y la paz corona y cohesiona en cada momento las relaciones entre los discípulos. La paz es posible porque

el Señor ha vencido al mundo y a su conflictividad permanente «haciendo la paz mediante la sangre de su cruz» (Col 1,20). Pero si vamos al fondo de estos textos bíblicos, tenemos que llegar a descubrir que el primer ámbito donde estamos llamados a lograr esta pacificación en las diferencias es la propia interioridad, la propia vida siempre amenazada por la dispersión dialéctica.⁶⁸ Con corazones rotos en miles de fragmentos será difícil construir una auténtica paz social.

230. El anuncio de paz no es el de una paz negociada, sino la convicción de que la unidad del Espíritu armoniza todas las diversidades. Supera cualquier conflicto en una nueva y prometedora síntesis. La diversidad es bella cuando acepta entrar constantemente en un proceso de reconciliación, hasta sellar una especie de pacto cultural que haga emerger una «diversidad reconciliada», como bien enseñaron los Obispos del Congo: «La diversidad de nuestras etnias es una riqueza [...] Sólo con la unidad, con la conversión de los corazones y con la reconciliación podremos hacer avanzar nuestro país».⁶⁹

1. ¿Cómo podemos unir las palabras de la fe celebrada, «la paz este con ustedes», a una fe vivida?

La realidad es más importante que la idea

231. Existe también una tensión bipolar entre la idea y la realidad. La realidad simplemente es, la idea se elabora. Entre las dos se debe instaurar un diálogo constante, evitando que la idea termine separándose de la realidad. Es peligroso vivir en el reino de la sola palabra, de la imagen, del sofisma. De ahí que haya que postular un tercer principio: la realidad es superior a la idea. Esto supone evitar diversas formas de ocultar la realidad: los purismos angélicos, los totalitarismos de lo relativo, los nominalismos declaracionistas, los proyectos más formales que reales, los fundamentalismos ahistóricos, los eticismos sin bondad, los intelectualismos sin sabiduría.

232. La idea –las elaboraciones conceptuales– está en función de la captación, la comprensión y la conducción de la realidad. La idea desconectada de la realidad origina idealismos y

nominalismos ineficaces, que a lo sumo clasifican o definen, pero no convocan. Lo que convoca es la realidad iluminada por el razonamiento. Hay que pasar del nominalismo formal a la objetividad armoniosa. De otro modo, se manipula la verdad, así como se suplanta la gimnasia por la cosmética.⁷⁰ Hay políticos –e incluso dirigentes religiosos– que se preguntan por qué el pueblo no los comprende y no los sigue, si sus propuestas son tan lógicas y claras. Posiblemente sea porque se instalaron en el reino de la pura idea y redujeron la política o la fe a la retórica. Otros olvidaron la sencillez e importaron desde fuera una racionalidad ajena a la gente.

233. La realidad es superior a la idea. Este criterio hace a la encarnación de la Palabra y a su puesta en práctica: «En esto conoceréis el Espíritu de Dios: todo espíritu que confiesa que Jesucristo ha venido en carne es de Dios» (1 Jn 4,2). El criterio de realidad, de una Palabra ya encarnada y siempre buscando encarnarse, es esencial a la evangelización. Nos lleva, por un lado, a valorar la historia de la Iglesia como historia de salvación, a recordar a nuestros santos que inculturaron el Evangelio en la vida de nuestros pueblos, a recoger la rica tradición bimilenaria de la Iglesia, sin pretender elaborar un pensamiento desconectado de ese tesoro, como si quisiéramos inventar el Evangelio. Por otro lado, este criterio nos impulsa a poner en práctica la Palabra, a realizar obras de justicia y caridad en las que esa Palabra sea fecunda. No poner en práctica, no llevar a la realidad la Palabra, es edificar sobre arena, permanecer en la pura idea y degenerar en intimismos y gnosticismos que no dan fruto, que esterilizan su dinamismo.

1. Alguna vez nos hemos preguntado como sacerdotes, agentes, o parroquia ¿Quién dice la gente que soy yo? ¿Quiénes somos para los pobres, los ricos, los políticos, las familias, los jóvenes, los que no creen?

El todo es superior a la parte

234. Entre la globalización y la localización también se produce una tensión. Hace falta prestar atención a lo global para no caer en una mezquindad cotidiana. Al mismo tiempo, no

conviene perder de vista lo local, que nos hace caminar con los pies sobre la tierra. Las dos cosas unidas impiden caer en alguno de estos dos extremos: uno, que los ciudadanos vivan en un universalismo abstracto y globalizante, miméticos pasajeros del furgón de cola, admirando los fuegos artificiales del mundo, que es de otros, con la boca abierta y aplausos programados; otro, que se conviertan en un museo folklórico de ermitaños localistas, condenados a repetir siempre lo mismo, incapaces de dejarse interpelar por el diferente y de valorar la belleza que Dios derrama fuera de sus límites.

235. El todo es más que la parte, y también es más que la mera suma de ellas. Entonces, no hay que obsesionarse demasiado por cuestiones limitadas y particulares. Siempre hay que ampliar la mirada para reconocer un bien mayor que nos beneficiará a todos. Pero hay que hacerlo sin evadirse, sin desarraigados. Es necesario hundir las raíces en la tierra fértil y en la historia del propio lugar, que es un don de Dios. Se trabaja en lo pequeño, en lo cercano, pero con una perspectiva más amplia. Del mismo modo, una persona que conserva su peculiaridad personal y no esconde su identidad, cuando integra cordialmente una comunidad, no se anula sino que recibe siempre nuevos estímulos para su propio desarrollo. No es ni la esfera global que anula ni la parcialidad aislada que esteriliza.

236. El modelo no es la esfera, que no es superior a las partes, donde cada punto es equidistante del centro y no hay diferencias entre unos y otros. El modelo es el poliedro, que refleja la confluencia de todas las parcialidades que en él conservan su originalidad. Tanto la acción pastoral como la acción política procuran recoger en ese poliedro lo mejor de cada uno. Allí entran los pobres con su cultura, sus proyectos y sus propias potencialidades. Aun las personas que puedan ser cuestionadas por sus errores, tienen algo que aportar que no debe perderse. Es la conjunción de los pueblos que, en el orden universal, conservan su propia peculiaridad; es la totalidad de las personas en una sociedad que busca un bien común que verdaderamente incorpora a todos.

237. A los cristianos, este principio nos habla también de la totalidad o integridad del Evangelio que la Iglesia nos transmite y nos envía a predicar. Su riqueza plena incorpora a los académicos y a los obreros, a los empresarios y a los artistas, a todos. La mística popular acoge a su modo el Evangelio entero, y lo encarna en expresiones de oración, de fraternidad, de justicia, de lucha y de fiesta. La Buena Noticia es la alegría de un Padre que no quiere que se pierda ninguno de sus pequeños. Así brota la alegría en el Buen Pastor que encuentra la oveja perdida y la reintegra a su rebaño. El Evangelio es levadura que fermenta toda la masa y ciudad que brilla en lo alto del monte iluminando a todos los pueblos. El Evangelio tiene un criterio de totalidad que le es inherente: no termina de ser Buena Noticia hasta que no es anunciado a todos, hasta que no fecunda y sana todas las dimensiones del hombre, y hasta que no integra a todos los hombres en la mesa del Reino. El todo es superior a la parte.

1. ¿Qué acciones y actitudes podríamos implementar en nuestra pastoral para hacerla más incluyente e influyente en la comunidad?

IV. EL DIÁLOGO SOCIAL COMO CONTRIBUCIÓN A LA PAZ

238. La evangelización también implica un camino de diálogo. Para la Iglesia, en este tiempo hay particularmente tres campos de diálogo en los cuales debe estar presente, para cumplir un servicio a favor del pleno desarrollo del ser humano y procurar el bien común: el diálogo con los Estados, con la sociedad –que incluye el diálogo con las culturas y con las ciencias– y con otros creyentes que no forman parte de la Iglesia católica. En todos los casos «la Iglesia habla desde la luz que le ofrece la fe»,⁷¹ aporta su experiencia de dos mil años y conserva siempre en la memoria las vidas y sufrimientos de los seres humanos. Esto va más allá de la razón humana, pero también tiene un significado que puede enriquecer a los que no creen e invita a la razón a ampliar sus perspectivas.

239. La Iglesia proclama «el evangelio de la paz» (Ef 6,15) y está abierta a la colaboración con todas las autoridades nacionales e internacionales

para cuidar este bien universal tan grande. Al anunciar a Jesucristo, que es la paz en persona (cf. Ef 2,14), la nueva evangelización anima a todo bautizado a ser instrumento de pacificación y testimonio creíble de una vida reconciliada.⁷² Es hora de saber cómo diseñar, en una cultura que privilegia el diálogo como forma de encuentro, la búsqueda de consensos y acuerdos, pero sin separarla de la preocupación por una sociedad justa, memoriosa y sin exclusiones. El autor principal, el sujeto histórico de este proceso, es la gente y su cultura, no es una clase, una fracción, un grupo, una élite. No necesitamos un proyecto de unos pocos para unos pocos, o una minoría ilustrada o testimonial que se apropie de un sentimiento colectivo. Se trata de un acuerdo para vivir juntos, de un pacto social y cultural.

240. Al Estado compete el cuidado y la promoción del bien común de la sociedad.⁷³ Sobre la base de los principios de subsidiariedad y solidaridad, y con un gran esfuerzo de diálogo político y creación de consensos, desempeña un papel fundamental, que no puede ser delegado, en la búsqueda del desarrollo integral de todos. Este papel, en las circunstancias actuales, exige una profunda humildad social.

241. En el diálogo con el Estado y con la sociedad, la Iglesia no tiene soluciones para todas las cuestiones particulares. Pero junto con las diversas fuerzas sociales, acompaña las propuestas que mejor respondan la dignidad de la persona humana y al bien común. Al hacerlo, siempre propone con claridad los valores fundamentales de la existencia humana, para transmitir convicciones que luego puedan traducirse en acciones políticas.

1. En las comunidades se hablan diferentes lenguajes, el económico, el político, el educativo, el postmoderno, el urbano, el rural, el del sufrimiento y la violencia, etc. ¿Cuántos de estos lenguajes entiende nuestra pastoral? ¿Qué tenemos que hacer para aprender estos lenguajes y responder desde la fe?

El diálogo entre la fe, la razón y las ciencias

242. El diálogo entre ciencia y fe también es parte de la acción evangelizadora que pacifica.⁷⁴

El cientismo y el positivismo se rehúsan a «admitir como válidas las formas de conocimiento diversas de las propias de las ciencias positivas». ⁷⁵ La Iglesia propone otro camino, que exige una síntesis entre un uso responsable de las metodologías propias de las ciencias empíricas y otros saberes como la filosofía, la teología, y la misma fe, que eleva al ser humano hasta el misterio que trasciende la naturaleza y la inteligencia humana. La fe no le tiene miedo a la razón; al contrario, la busca y confía en ella, porque «la luz de la razón y la de la fe provienen ambas de Dios», ⁷⁶ y no pueden contradecirse entre sí. La evangelización está atenta a los avances científicos para iluminarlos con la luz de la fe y de la ley natural, en orden a procurar que respeten siempre la centralidad y el valor supremo de la persona humana en todas las fases de su existencia. Toda la sociedad puede verse enriquecida gracias a este diálogo que abre nuevos horizontes al pensamiento y amplía las posibilidades de la razón. También éste es un camino de armonía y de pacificación.

243. La Iglesia no pretende detener el admirable progreso de las ciencias. Al contrario, se alegra e incluso disfruta reconociendo el enorme potencial que Dios ha dado a la mente humana. Cuando el desarrollo de las ciencias, manteniéndose con rigor académico en el campo de su objeto específico, vuelve evidente una determinada conclusión que la razón no puede negar, la fe no la contradice. Los creyentes tampoco pueden pretender que una opinión científica que les agrada, y que ni siquiera ha sido suficientemente comprobada, adquiera el peso de un dogma de fe. Pero, en ocasiones, algunos científicos van más allá del objeto formal de su disciplina y se extralimitan con afirmaciones o conclusiones que exceden el campo de la propia ciencia. En ese caso, no es la razón lo que se propone, sino una determinada ideología que cierra el camino a un diálogo auténtico, pacífico y fructífero.

1. La Iglesia Católica creó cultura, universidades, escuelas de artes y oficios, promotora incansable del humanismo, ¿Nuestras parroquias aún lo siguen haciendo o nunca lo han hecho? ¿Cómo

podemos erradicar el analfabetismo en nuestras comunidades?

El diálogo ecuménico

244. El empeño ecuménico responde a la oración del Señor Jesús que pide «que todos sean uno» (Jn 17,21). La credibilidad del anuncio cristiano sería mucho mayor si los cristianos superaran sus divisiones y la Iglesia realizara «la plenitud de catolicidad que le es propia, en aquellos hijos que, incorporados a ella ciertamente por el Bautismo, están, sin embargo, separados de su plena comunión». ⁷⁷ Tenemos que recordar siempre que somos peregrinos, y peregrinamos juntos. Para eso hay que confiar el corazón al compañero de camino sin recelos, sin desconfianzas, y mirar ante todo lo que buscamos: la paz en el rostro del único Dios. Confiarse al otro es algo artesanal, la paz es artesanal. Jesús nos dijo: «¡Felices los que trabajan por la paz!» (Mt 5,9). En este empeño, también entre nosotros, se cumple la antigua profecía: «De sus espadas forjarán arados» (Is 2,4).

245. Bajo esta luz, el ecumenismo es un aporte a la unidad de la familia humana. La presencia en el Sínodo del Patriarca de Constantinopla, Su Santidad Bartolomé I, y del Arzobispo de Canterbury, Su Gracia Rowan Douglas Williams, fue un verdadero don de Dios y un precioso testimonio cristiano. ⁷⁸

246. Dada la gravedad del antitestimonio de la división entre cristianos, particularmente en Asia y en África, la búsqueda de caminos de unidad se vuelve urgente. Los misioneros en esos continentes mencionan reiteradamente las críticas, quejas y burlas que reciben debido al escándalo de los cristianos divididos. Si nos concentramos en las convicciones que nos unen y recordamos el principio de la jerarquía de verdades, podremos caminar decididamente hacia expresiones comunes de anuncio, de servicio y de testimonio. La inmensa multitud que no ha acogido el anuncio de Jesucristo no puede dejarnos indiferentes. Por lo tanto, el empeño por una unidad que facilite la acogida de Jesucristo deja de ser mera diplomacia o cumplimiento forzado, para convertirse en un

camino ineludible de la evangelización. Los signos de división entre los cristianos en países que ya están destrozados por la violencia agregan más motivos de conflicto por parte de quienes deberíamos ser un atractivo fermento de paz. ¡Son tantas y tan valiosas las cosas que nos unen! Y si realmente creemos en la libre y generosa acción del Espíritu, ¡cuántas cosas podemos aprender unos de otros! No se trata sólo de recibir información sobre los demás para conocerlos mejor, sino de recoger lo que el Espíritu ha sembrado en ellos como un don también para nosotros. Sólo para dar un ejemplo, en el diálogo con los hermanos ortodoxos, los católicos tenemos la posibilidad de aprender algo más sobre el sentido de la colegialidad episcopal y sobre su experiencia de la sinodalidad. A través de un intercambio de dones, el Espíritu puede llevarnos cada vez más a la verdad y al bien.



1. ¿En nuestras comunidades hay grupos no católicos por falta de atención espiritual a nuestros fieles? ¿Cómo nos relacionamos con ellos?

El diálogo interreligioso

250. Una actitud de apertura en la verdad y en el amor debe caracterizar el diálogo con los creyentes de las religiones no cristianas, a pesar de los varios obstáculos y dificultades, particularmente los fundamentalismos de ambas partes. Este diálogo interreligioso es una condición necesaria para la paz en el mundo, y por lo tanto es un deber para los cristianos, así como para otras comunidades religiosas. Este diálogo es, en primer lugar, una conversación sobre la vida humana o simplemente, como proponen los Obispos de la India, «estar abiertos a ellos, compartiendo sus alegrías y penas».⁷⁹ Así aprendemos a aceptar a los otros en su modo diferente de ser, de pensar y

de expresarse. De esta forma, podremos asumir juntos el deber de servir a la justicia y la paz, que deberá convertirse en un criterio básico de todo intercambio. Un diálogo en el que se busquen la

paz social y la justicia es en sí mismo, más allá de lo meramente pragmático, un compromiso ético que crea nuevas condiciones sociales. Los esfuerzos en torno a un tema específico pueden convertirse en un proceso en el que, a través de la escucha del otro, ambas partes encuentren puri-

ficación y enriquecimiento. Por lo tanto, estos esfuerzos también pueden tener el significado del amor a la verdad.

251. En este diálogo, siempre amable y cordial, nunca se debe descuidar el vínculo esencial entre diálogo y anuncio, que lleva a la Iglesia a mantener y a intensificar las relaciones con los no cristianos.⁸⁰ Un sincretismo conciliador sería en el fondo un totalitarismo de quienes pretenden conciliar prescindiendo de valores que los trascienden y de los cuales no son dueños. La verdadera apertura implica mantenerse firme en las propias convicciones más hondas, con una identidad clara y gozosa, pero «abierto a comprender las del otro» y «sabiendo que el diálogo realmente puede enriquecer a cada uno».⁸¹ No nos sirve una apertura diplomática, que dice que sí a todo para evitar problemas, porque sería un modo de engañar al otro y de negarle el bien que uno ha recibido como un don para compartir generosamente. La evangelización y el diálogo interreligioso, lejos de oponerse, se sostienen y se alimentan recíprocamente.⁸²

254. Los no cristianos, por la gratuita iniciativa divina, y fieles a su conciencia, pueden vivir «justificados mediante la gracia de Dios»,⁸³ y así «asociados al misterio pascual de Jesucristo».⁸⁴

Pero, debido a la dimensión sacramental de la gracia santificante, la acción divina en ellos tiende a producir signos, ritos, expresiones sagradas que a su vez acercan a otros a una experiencia comunitaria de camino hacia Dios.⁸⁵ No tienen el sentido y la eficacia de los Sacramentos instituidos por Cristo, pero pueden ser cauces que el mismo Espíritu suscite para liberar a los no cristianos del inmanentismo ateo o de experiencias religiosas meramente individuales. El mismo Espíritu suscita en todas partes diversas formas de sabiduría práctica que ayudan a sobrellevar las penurias de la existencia y a vivir con más paz y armonía. Los cristianos también podemos aprovechar esa riqueza consolidada a lo largo de los siglos, que puede ayudarnos a vivir mejor nuestras propias convicciones.

1. ¿En qué creen los que no creen? ¿Por qué no creen los que no creen?

El diálogo social en un contexto de libertad religiosa

255. Los Padres sinodales recordaron la importancia del respeto a la libertad religiosa, considerada como un derecho humano fundamental.⁸⁶ Incluye «la libertad de elegir la religión que se estima verdadera y de manifestar públicamente la propia creencia».⁸⁷ Un sano pluralismo, que de verdad respete a los diferentes y los valore como tales, no implica una privatización de las religiones, con la pretensión de reducir las al silencio y la oscuridad de la conciencia de cada uno, o a la marginalidad del recinto cerrado de los templos, sinagogas o mezquitas. Se trataría, en definitiva, de una nueva forma de discriminación y de autoritarismo. El debido respeto a las minorías de agnósticos o no creyentes no debe imponerse de un modo arbitrario que silencie las convicciones de mayorías creyentes o ignore la riqueza de las tradiciones religiosas. Eso a la larga fomentaría más el resentimiento que la tolerancia y la paz.

256. A la hora de preguntarse por la incidencia pública de la religión, hay que distinguir diversas formas de vivirla. Tanto los intelectuales como las notas periodísticas frecuentemente caen en groseras y poco académicas generalizaciones

cuando hablan de los defectos de las religiones y muchas veces no son capaces de distinguir que no todos los creyentes –ni todas las autoridades religiosas– son iguales. Algunos políticos aprovechan esta confusión para justificar acciones discriminatorias. Otras veces se desprecian los escritos que han surgido en el ámbito de una convicción creyente, olvidando que los textos religiosos clásicos pueden ofrecer un significado para todas las épocas, tienen una fuerza motivadora que abre siempre nuevos horizontes, estimula el pensamiento, amplía la mente y la sensibilidad. Son despreciados por la cortedad de vista de los racionalismos. ¿Es razonable y culto relegarlos a la oscuridad, sólo por haber surgido en el contexto de una creencia religiosa? Incluyen principios profundamente humanistas que tienen un valor racional aunque estén teñidos por símbolos y doctrinas religiosas.

257. Los creyentes nos sentimos cerca también de quienes, no reconociéndose parte de alguna tradición religiosa, buscan sinceramente la verdad, la bondad y la belleza, que para nosotros tienen su máxima expresión y su fuente en Dios. Los percibimos como preciosos aliados en el empeño por la defensa de la dignidad humana, en la construcción de una convivencia pacífica entre los pueblos y en la custodia de lo creado. Un espacio peculiar es el de los llamados nuevos Areópagos, como el «Atrio de los Gentiles», donde «creyentes y no creyentes pueden dialogar sobre los temas fundamentales de la ética, del arte y de la ciencia, y sobre la búsqueda de la trascendencia».⁸⁸ Éste también es un camino de paz para nuestro mundo herido.

258. A partir de algunos temas sociales, importantes en orden al futuro de la humanidad, procuré explicitar una vez más la ineludible dimensión social del anuncio del Evangelio, para alentar a todos los cristianos a manifestarla siempre en sus palabras, actitudes y acciones.

1. ¿Qué podemos hacer para que haya más incidencia pública de la religión? ¿Qué debemos cambiar y gestionar? ¿Cómo debemos tratarnos y vivir entre nosotros (sacerdotes – sacerdotes) (sacerdotes – agentes) (agentes – agentes)?

CAMPAÑA DE LA CARIDAD

La Comisión Diocesana de Pastoral Social, en su programa de cada año, nos ofrece el material para la Campaña de la Caridad, que se ha venido realizando durante la Cuaresma. Pero, de acuerdo al V Plan de Pastoral, que desea desencadenar iniciativas y procesos a partir de las parroquias, vio la necesidad de afrontar la sensibilización social, la atención a las necesidades y situaciones sociales reales, la colaboración solidaria de todas las fuerzas vivas de una comunidad, y la creación de estructuras que permitan una caridad estructural más eficaz, haciendo una propuesta abierta y novedosa de la Campaña, sin concretar un proyecto, sino ofreciendo varias posibilidades. Se deben ir concretizando sus fundamentos teológicos, sus grandes líneas de acción, y hasta algunos pasos, en las reuniones de la Comisión y de los Consejos pastorales, para que pueda desarrollarse una auténtica Campaña de la Caridad, y compartir las grandes líneas de acción.

Para organizar una auténtica, novedosa y eficaz Campaña, lo primero que debemos hacer, ayudados por el diccionario, es clarificar el significado de los términos que componen nuestro proyecto, para tratar de programar y actuar en consecuencia. Así que definamos sus dos términos:

Campaña: Empresa política, económica, publicitaria o de otra índole, de corta duración, encaminada a obtener un resultado. Conjunto de actos o esfuerzos de múltiple naturaleza que se aplican para lograr un fin determinado. Procede del lenguaje militar o de navegación: período de tiempo en una guerra o una expedición militar o de exploración.

Caridad: Forma más excelente del amor, que es una participación del amor misericordioso de Dios, que es el signo distintivo de los discípulos de Jesús. Recibido por gracia en el Bautismo, se desarrolla a medida que la persona sale de sí para encontrarse con el hermano, reconociendo y socorriendo a Cristo en el más necesitado. No consiste en dar cosas, sino en darse a sí mismo, con generosidad, a semejanza de Cristo. Tiene su forma de ejercerse organizadamente en la Iglesia a través del organismo Cáritas, cuyo objetivo

no es sólo asistencial, sino de promoción humana, de sensibilización social, de procesos solidarios, y de cambio de estructuras generadoras de injusticia.

Desde 1980, Cáritas Mexicana A.C. organizaba durante el Adviento la «Campaña de Fraternidad» y durante la Cuaresma la «Campaña de la Caridad». Ofrecía un subsidio con temas para cada Campaña, de acuerdo al tema elegido, y



algunas propuestas de acción. Por ejemplo, ayudar a algún vecino para hacer su baño, enjarrar y blanquear fachadas del barrio, agenciar respuesta a necesidades como agua, luz, drenaje, bacheo, seguridad, etc., en la Campaña de Fraternidad. Y atender las distintas pobreza durante la Campaña de Caridad (discapacitados, adictos, pordiojeros, migrantes, enfermos en general y en espacial como VIH-sida, cáncer, diabetes, depresión, etc., madres solas, viudas, huérfanos, abandonados, niños de la calle...), sobre todo con la colecta en sobre y las alcancías de la caridad.

El Equipo diocesano de pastoral social decidió en 1988 hacer sólo la Campaña de la Caridad, en la cual poner todo su empeño, puesto que para Adviento-Navidad había temas para los grupos de reflexión, para las Posadas y para las fiestas guadalupanas, que no permitían atender los de la campaña de Fraternidad, y sugirieron darle un sentido social a todas las celebraciones navideñas y demás conmemoraciones de este tiempo. Decidió igualmente imprimir aquí los materiales para dicha Campaña. Primero se elaboró un Calendario de la Cuaresma, donde día tras día se ofrecía alguna reflexión bíblica, la propuesta de un propósito, y con espacio suficiente para pegar una moneda diaria o colocarla en una ranura. Se abandonó esta forma por el gran trabajo que traía a los equipos de Cáritas con escasos resultados. Entonces se idearon las alcancías, para que cada familia fuera depositando en ellas lo que ahorraba de las penitencias cuaresmales, destinándolo a ayudar a los necesitados de la comunidad, un sobre para la colecta del jueves santo, y el Calendario. Despertó así su entusiasmo inicial que auguraba una sensibilización social y el desencadenamiento de respuestas de iniciativas para responder a las necesidades. El Monumento del Jueves Santo se veía enriquecido con las alcancías que la gente depositaba a los pies del Maestro.

Pero ahora se ha caído en una rutina, de suerte que se considera una actividad entre tantas, de poca relevancia. Basta ver que algunas comunidades ni siquiera piden materiales porque no alcanzan a recuperar ni siquiera el costo de los mismos. Al final, se echaban en la alcancía unas

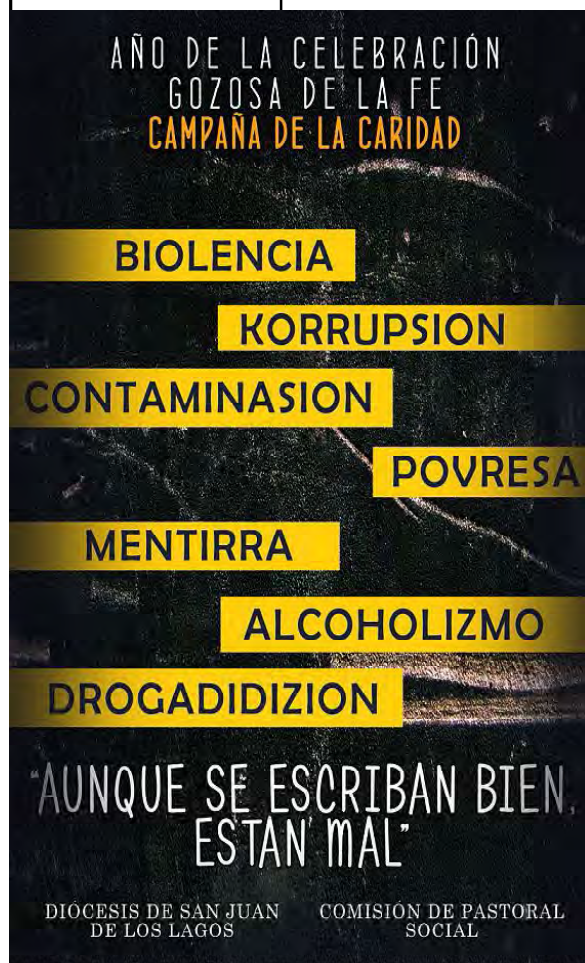
cuantas monedas para entregarse, o ni siquiera se devolvían, a pesar de organizarse el «kilómetro» de alcancías y cosas parecidas. Y el calendario, además de ser muy individualista en los propósitos y no propiciar una continuidad en las acciones, era poco consultado en la realidad, a pesar de las indicaciones de marcarle con un color o colocarle una estrellita o ticket a las obras cumplidas. No aumentaba el número de voluntarios, bienhechores y socios de los organismos parroquiales de caridad, ni se fomentaba el sentido social como una dimensión esencial de la fe cristiana.

Las situaciones nos rebasan y la cultura que se impone no favorece el sentido social que pide nuestra vivencia del cristianismo. Es necesario que se ofrezca una nueva, original e impactante Campaña de la Caridad. Como lo nuevo siempre surge desde las bases, no desde las cúpulas, gracias a la creatividad que el Espíritu Santo despierta entre los que viven de cerca las distintas situaciones que piden nuestra caridad, la Comisión Diocesana se limita a ofrecer una motivación y algunas propuestas. Será cada comunidad parroquial, desde su Consejo parroquial de pastoral, organizados o apoyados por el Equipo de pastoral social o el grupo Cáritas, la que idee, proyecte, organice, realice y evalúe su Campaña.

Las campañas de caridad no son paliativos, ni campañas proselitistas para conseguir recursos económicos o nuevas afiliaciones, sino verdaderas manifestaciones de la fe vivida de los cristianos, la finalidad inmediata es la de vivir los principios y valores que puedan afianzar una sociedad más digna, movidos por la «caridad», que debe estar presente y penetrar todas las relaciones sociales, iniciando en la familia.

La realización de las Campañas de la Caridad no son exclusivas para los agentes de pastoral social. Nos invitan a la manifestar la eclesialidad en la pastoral de comunión y de servicio a los pobres. Los frutos que esperamos es el florecimiento del compromiso social de los agentes (catequistas, familias, jóvenes, grupos y movimientos), involucrando a los empresarios, políticos, maestros, doctores, licenciados, vecinos, niños del catecismo, etc.

Esquema recomendado	Campañas sugeridas	Acciones sugeridas	Objetivos reales de la Campaña
<ul style="list-style-type: none"> - Meditación (Lectio Divina) - Celebración Eucarística antes, en y después de realizar la campaña - en el templo, los barrios, en la cárcel, en los hospitales, etc. - Realización de la campaña. - Evaluación semanal o mensual de la Campaña para mejorarla. 	<ul style="list-style-type: none"> - Con los enfermos - Con los que tienen hambre y sed - Con los migrantes y sus familias - Con los que no tienen vestido - Con los encarcelados - Con las mujeres y niños en situaciones difíciles - Con los que padecen algún vicio - Con los discapacitados - Con los bautizados que ya no creen 	<ul style="list-style-type: none"> - Atención espiritual. - Creación de dispensarios y comedores - Canalización a las instituciones de salud. - Visitas a los hospitales. - Convenios con de comerciantes de alimentos. - Gestionar con los políticos o empresarios el empleo. - Atención personalizada. - Comunicación y canalización para la asistencia legal. - Promoción de cooperativas. - Convenios con fábricas de ropa. - Talleres para sordos - Vivir con austeridad - Crear espacios para discapacitados - Catequesis especial 	<ul style="list-style-type: none"> - Reactivar y renovar la Pastoral Social en nuestras parroquias - Crecer en el compromiso social - Concientizar y capacitar para vivir el «Año del comportamiento y vida en Cristo» - Qué nuestra fe tenga más incidencia social - Propiciar que las familias estén más unidas e integradas a la parroquia - Vivir nuestra fe testimonialmente - Vivir una cultura con valores cristianos - Que las parroquias sean fuentes de esperanza para los pobres y desatendidos. - Reavivar la Nueva Evangelización en las culturas actuales



PROPUESTA DE UNOS PASOS

1. Proyecto.

Establecer el objetivo, las metas, los criterios de acción, para responder a los desafíos.

Aprovechando las reuniones, organismos y actividades que ya se tienen.

Determinar cuáles situaciones urge atacar primero.

Responsables: Equipo parroquial de pastoral social, Grupo «Cáritas» y Consejo parroquial de pastoral.

2. Programa:

Poner en un calendario la secuencia de actividades, con sus responsables, tiempos, lugares y recursos.

Responsables: La Comisión o Equipo parroquial de pastoral social, en coordinación con los demás equipos pastorales, desde el consejo pastoral parroquial, y en colaboración con los demás organismos eclesiales y civiles que tienen finalidades de servicio social.

3. Publicidad.

Crear un logotipo y un eslogan para la campaña, y tal vez también una canción lema.

Sensibilizar a través de los medios de comunicación social: volantes, spots, carteles, calcomanías, mantas, video, CD.

Carta del obispo o del párroco.

Campaña de oración.

4. Lanzamiento.

La Campaña inicia oficialmente con una acción de lanzamiento. Por ejemplo: una solemne Misa estacional y el envío de agentes el primer domingo de cuaresma.

Responsables: Equipos de Cáritas, catequistas, ministros extraordinarios de la Comunión, seminaristas y religiosos, pastoral social, DIF, centros de rehabilitación...

5. Formación.

Estudio del Compendio de Doctrina Social de la Iglesia, de los materiales de la Campaña, de los materiales que se ofrecen en el Boletín Diocesano de Pastoral.

Responsables: formación de agentes, Comisión de pastoral social, párrocos.

6. Jornadas de control.

Aprovechar las Misas de la Divina Providencia, las reuniones de consejo, o las asambleas pastorales, para informar, motivar, sensibilizar, aclarar, consultar.

La Visita Pastoral incluya la revisión de los libros de Cáritas y las instituciones de beneficencia.

Responsables: Presbiterio y equipos pastorales.

7. Intercambio.

Organizar encuentros a nivel sectores parroquiales, decanatos y diócesis, para intercambiar experiencias, inquietudes, respuestas.

Crear mecanismos de retroalimentación e intercomunicación.

Responsables: Equipos de pastoral social; agentes varios.

8. Clausura de cada etapa.

Por ejemplo: una solemne Concelebración eucarística estacional como tránsito de una etapa a otra; y la celebración colectiva de la Pascua, con el resultado o la obra social emprendida; o la peregrinación a un santuario como acción de gracias y ofrenda; o una jornada de contemplación simbólica que apoye la experiencia caritativa, un desierto, un retiro, etc.

Importa que convoque a mucha gente y que se difunda por los medios de comunicación.

Notas:

- 1 Juan XXII, Bula Cum Inter, 12-XI-1323.
- 2 Guibert, Documenta ecclesiastica christinae perfectionis studium spectantia, Gregoriana, Roma 1931, n. 260.
- 3 Cf. Juan XXII, Bula Cum inter, 13-XI-1323, en Denzinger 494.
- 4 Ep. CXXX ad Demetriadem, 14; PL Migne 22, 1118.
- 5 Or. Jueves IV Sem. Cuaresma.
- 6 Or. Misa de Sta. Isabel de Hungría, 19 nov.
- 7 Or. Misa de S. Diego, 13 nov.
- 8 Disc. a Superiores religiosos, 11-II-1958: «Ecclesia», n. 301.
- 9 Denzinger 319
- 10 Op. cit. 590, 612, 613
- 11 Col. De Encicl. y Doc. Pontif., Madrid 1962, pág. 980
- 12 Col. cit., pág. 988
- 13 Col. cit., pág. 1012
- 14 Col. cit., pág. 1019
- 15 Col. cit., pág. 1009
- 16 Col. cit., pág. 1137
- 17 Col. cit., pág. 1137
- 18 Col. cit., pág. 1139
- 19 Col. cit., pág. 1148
- 20 Col. cit., pág. 1159
- 21 Col. cit., pág. 1264s.
- 22 Disc. a Superiores religiosos, 11-II-1958; «Ecclesia», n. 301
- 23 Staudinger, El sermón de la montaña, pág. 187.
- 24 San Juan de la Cruz, Vida y obras, ed. Cit., 696; Subida III, 18, 1.
- 25 Pablo VI, Exhort. ap. Evangelii nuntiandi (8 diciembre 1975), 17: AAS 68 (1976), 17.



- 26 Juan Pablo II, Mensaje a los discapacitados, *Ángelus* (16 noviembre 1980): *Insegnamenti* 3/2 (1980), 1232.
- 27 Pontificio Consejo «Justicia y Paz», *Compendio de la Doctrina Social de la Iglesia*, 52.
- 28 Juan Pablo II, *Catequesis* (24 abril 1991): *Insegnamenti* 14/1 (1991), 856.
- 29 Benedicto XVI, *Motu proprio Intima Ecclesiae natura* (11 noviembre 2012): AAS 104 (2012), 996.
- 30 Carta enc. *Populorum Progressio* (26 marzo 1967), 14: AAS 59 (1967), 264.
- 31 Pablo VI, *Exhort. ap. Evangelii nuntianti* (8 diciembre 1975), 29: AAS 68 (1976), 25.
- 32 V Conferencia General del Episcopado Latinoamericano y del Caribe, *Documento de Aparecida* (29 junio 2007), 380.
- 33 Pontificio Consejo «Justicia y Paz», *Compendio de la Doctrina Social de la Iglesia*, 9.
- 34 Juan Pablo II, *Exhort. ap. postsinodal Ecclesia in America* (22 enero 1999), 27 AAS 91 (1999), 762.
- 35 Benedicto XVI, Carta enc. *Deus caritas est* (25 diciembre 2005), 28: AAS 98 (2006), 239-240.
- 36 Pontificio Consejo «Justicia y Paz», *Compendio de la Doctrina Social de la Iglesia*, 12.
- 37 Carta ap. *Octogesima adveniens* (14 mayo 1971), 4: AAS 63 (1971), 403.
- 38 Congregación para la Doctrina de la Fe, *Instrucción Libertatis nuntius* (6 agosto 1984), XI, 1: AAS 76 (1984), 903.
- 39 Pontificio Consejo «Justicia y Paz», *Compendio de la Doctrina Social de la Iglesia*, 157.
- 40 Pablo VI, Carta ap. *Octogesima adveniens* (14 mayo 1971), 23 AAS 63 (1971), 418.
- 41 Pablo VI, Carta ap. *Populorum progressio* (26 marzo 1967), 65 AAS 59 (1967), 289.
- 42 *Ibíd.*, 15: AAS 59 (1967), 265.
- 43 Conferencia Nacional Dos Bispos Do Brasil, *Documento Exigências evangélicas e éticas de superação da miséria e da fome*.
- 44 Juan XXIII, Carta enc. *Mater et Magistra* (15 mayo 1961), 3: AAS 53 (1961), 402.
- 45 San Agustín, *De Catechizandis Rudibus*, I, XIV, 22: PL 40, 327.
- 46 Congregación para la Doctrina de la Fe, *Instrucción Libertatis nuntius* (6 agosto 1984), XI, 1: AAS 76 (1984), 907-908.
- 47 Juan Pablo II, Carta enc. *Centesimus annus* (1 mayo 1991), 41: AAS 83 (1991), 844-845.
- 48 Juan Pablo II, *Homilía durante la Misa para la evangelización de los pueblos en Santo Domingo* (11 octubre 1984), 5: AAS 77 (1985), 358.
- 49 Juan Pablo II, Carta enc. *Sollicitudo rei socialis* (30 diciembre 1987), 42: AAS 80 (1988), 572.
- 50 Discurso en la Sesión inaugural de la V Conferencia General del Episcopado Latinoamericano y del Caribe (13 mayo 2007), 3: AAS 99 (2007), 450.
- 51 Santo Tomás de Aquino, *Summa Theologiae* II-II, q. 27, art. 2.
- 52 *Ibíd.*, I-II, q. 110, art. 1.
- 53 *Ibíd.*, I-II, q. 26, art. 3.
- 54 Juan Pablo II, Carta ap. *Novo Millennio ineunte* (6 enero 2001), 50: AAS 93 (2001), 303.
- 55 *Ibíd.*
- 56 Cf. *Propositio* 45.
- 57 Congregación para la Doctrina de la Fe, *Instrucción Libertatis nuntius* (6 agosto 1984), XI, 18: AAS 76 (1984), 908.
- 58 Esto implica «eliminar las causas estructurales de las disfunciones de la economía mundial»: Benedicto XVI, *Discurso al Cuerpo Diplomático* (8 enero 2007): AAS 99 (2007), 73.
- 59 Cf. *Commission sociale des évêques de France*, *Declaración Réhabiliter la politique* (17 febrero 1999); Pío XI, *Mensaje*, 18 diciembre 1927.
- 60 Benedicto XVI, Carta enc. *Caritas in veritate* (29 junio 2009), 2: AAS 101 (2009), 642.
- 61 Juan Pablo II, *Exhort. ap. postsinodal Christifideles laici* (30 diciembre 1988), 37: AAS 81 (1989), 461.
- 62 Cf. *Propositio* 56.
- 63 Catholic Bishops' Conference of the Philippines, *Carta pastoral What is Happening to our Beautiful Land?* (29 enero 1988).
- 64 Pablo VI, Carta ap. *Populorum progressio* (26 marzo 1967), 76: AAS 59 (1967), 294-295.
- 65 United States Conference of Catholic Bishops, *Carta pastoral Forming Consciences for Faithful Citizenship* (2007), 13.
- 66 Pontificio Consejo «Justicia y Paz», *Compendio de la Doctrina Social de la Iglesia*, 161.
- 67 *Das Ende der Neuzeit*, Würzburg 1965, 30-31.
- 68 Cf. I. Quiles, S.I. *Filosofía de la educación personalista*, Buenos Aires 1981, 46-53.
- 69 Comité Permanent de la Conférence Episcopale Nationale du Congo, *Message sur la situation sécuritaire dans le pays* (5 diciembre 2012), 11.
- 70 Cf. Platón, *Gorgias*, 465.
- 71 Benedicto XVI, *Discurso a la Curia Romana* (21 diciembre 2012): AAS 105 (2013), 51.
- 72 Cf. *Propositio* 14.
- 73 Cf. *Catecismo de la Iglesia Católica*, 1910; Pontificio Consejo «Justicia y Paz», *Compendio de la Doctrina Social de la Iglesia*, 168.
- 74 Cf. *Propositio* 54.
- 75 Juan Pablo II, Carta enc. *Fides et ratio* (14 septiembre 1998), 88: AAS 91 (1999), 74.
- 76 Santo Tomás de Aquino, *Summa contra Gentiles*, I, VII; cf. Juan Pablo II, Carta enc. *Fides et ratio* (14 septiembre 1998), 43: AAS 91 (1999), 39.
- 77 *Conc. Ecum. Vat. II*, *Decreto Unitatis redintegratio*, sobre el ecumenismo, 4.
- 78 Cf. *Propositio* 52.
- 79 Catholic Bishops' Conference of India, *Declaración final de la XXX Asamblea general: The Church's Role for a Better India* (8 marzo 2012), 8,9.
- 80 Cf. *Propositio* 53.
- 81 Juan Pablo II, Carta enc. *Redemptoris missio* (7 diciembre 1990), 56: AAS 83 (1991), 304.
- 82 Cf. Benedicto XVI, *Discurso a la Curia Romana* (21 diciembre 2012): AAS 105 (2013), 51; *Conc. Ecum. Vat. II*, *Decreto Ad gentes*, sobre la actividad misionera de la Iglesia, 9; *Catecismo de la Iglesia católica*, 856.
- 83 Comisión Teológica Internacional, *El cristianismo y las religiones* (1996), 72: *Ench. Vat.* 15, n. 1061.
- 84 *Ibíd.*
- 85 Cf. *ibíd.*, 81-87: *Ench. Vat.* 15, n. 1070-1076.
- 86 Cf. *Propositio* 16.
- 87 Benedicto XVI, *Exhort. ap. postsinodal Ecclesia in Medio Oriente* (14 septiembre 2012), 26: AAS 104 (2012), 762.
- 88 *Propositio* 55.



“AÑO DE LA CELEBRACIÓN
GOZOZA DE LA FE”

FC DPS
COMISIÓN DIOCESANA DE PASTORAL SOCIAL
DIOCESIS DE SAN JUAN DE LOS RIOS

✠ P. PENITENCIARIA

✠ P. CAMPESINOS

✠ P. MIGRANTES

✠ P. CARIDAD ORGANIZADA

✠ P. SOLIDARIDAD

✠ FORMACIÓN SOCIAL

✠ P. DERECHOS HUMANOS